

## EL MUNDO FUNERARIO DEL BRONCE FINAL EN LA FACHADA ATLANTICA DE LA PENINSULA IBERICA. I. ANALISIS DE LA DOCUMENTACION (\*)

POR

M. BELEN (\*\*)  
J. L. ESCACENA (\*\*)  
M.<sup>a</sup> I. BOZZINO (\*\*\*)

**RESUMEN** La fachada atlántica de la Península Ibérica se caracteriza durante la fase final de la Edad del Bronce por una marcada ausencia de sepulturas. Esto es en realidad una norma común al mundo atlántico de toda Europa occidental, donde la desaparición de tumbas después del Bronce Medio es más antigua conforme más al norte.

En el presente trabajo se aborda el estudio de las sepulturas consideradas del Bronce Final, y se llega a demostrar que se trata de atribuciones que no resisten una revisión crítica profunda. En consecuencia, la ausencia de enterramientos debe explicarse elaborando hipótesis distintas a la búsqueda de necrópolis entendidas al estilo tradicional.

**ABSTRACT** One of the most important characteristics of all the Atlantic part of the Iberian Peninsula during the final phase of the Later Bronze Age is the absence of burials. In fact, this characteristic is shared by all the Atlantic areas in Western Europe. This phenomenon gets progressively older as one moves northward. Attempts have been made to fill this void with various discoveries.

In this paper we deal with those graves considered as belonging to the Later Bronze Age and it has been demonstrated that they have been wrongly attributed to that date and that they are not true burials. As a result, the absence of burials must be explained by using hypothesis different from the search for cemeteries as traditionally understood.

**Palabras clave** Bronce Final. Fachada atlántica peninsular. Costumbres funerarias.

**Key words** Later Bronze Age. Atlantic part of the Iberian Peninsula. Burial patterns.

---

(\*) Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto FUNUS subvencionado por la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía.

(\*\*) Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Sevilla.

(\*\*\*) Miembro del proyecto FUNUS subvencionado por la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía.

## INTRODUCCION

La fachada atlántica peninsular participa durante la última etapa de la Edad del Bronce de un complejo sistema de relaciones que facilitan su comunicación no sólo con el resto de los países de la costa atlántica europea, sino también con el Mediterráneo (Ruiz-Gálvez, 1986: 9 ss.; 1987: 261; Coffyn, 1985: 147 ss.). El dinamismo de estas relaciones es tal que se ha llegado a hablar de un Bronce Internacional Atlántico (Champion y otros, 1984: 223).

Se insiste, sin embargo, en que bajo la aparente homogeneidad cultural que ofrece en este momento la amplia dispersión de manufacturas metálicas vinculadas a los distintos focos metalúrgicos, existe una gran diversidad cultural en estos territorios y que, en consecuencia, no puede hablarse de la existencia de una cultura atlántica (Ruiz-Gálvez, 1985: 481; 1987: 251, 253 y 261), sino, a lo sumo, de equipos tecnológicos comunes o similares que hay que interpretar como manifestaciones de un fenómeno de comunicación y transmisión por vía de contactos comerciales, sobre todo, del que participan grupos diferentes de la fachada atlántica europea a lo largo de toda la Edad del Bronce. M. Ruiz-Gálvez (1987: 252) ha dejado claro que tanto la tecnología como los modelos de esta metalurgia atlántica no hacen más que reproducir prototipos centroeuropeos.

Sin embargo, las «solidaridades atlánticas» (Coffyn, 1985: 13 ss.) podrían haber significado algo más que un trasiego de tecnología metalúrgica. La suposición de que las relaciones entre los distintos grupos que habitaron la fachada atlántica europea propiciaron también la difusión de ideas relativas al campo animológico, como defendió ya en su día M. Ruiz-Gálvez (1984: 256), ha estimulado la elaboración de este trabajo, que parte de la reflexión sobre el carácter verdaderamente excepcional de las manifestaciones funerarias del Bronce Final en toda la fachada atlántica peninsular. Se inserta éste en un proyecto de estudio de las costumbres funerarias en Andalucía occidental durante el Bronce Final subvencionado por la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía. En esta ocasión nos limitaremos a examinar la documentación relativa a las costumbres funerarias del Bronce Final para ver qué información puede utilizarse fiablemente para elaborar un corpus teórico de normas sobre los rituales que giran en torno a la muerte y qué otros conviene desechar por no corresponder con propiedad a este período.

El análisis que haremos a continuación se centra en la documentación funeraria relativa al período que transcurre entre el 1200 y el 750 a. C., y especialmente abarca la fachada atlántica peninsular desde Galicia al Bajo Guadalquivir, tierras que participan del fenómeno cultural que llamamos Bronce Atlántico. Este fenómeno se manifiesta en la existencia de vínculos comunes entre todos los grupos comprendidos en esta amplia región sin que ninguno de ellos pierda su propia personalidad. No olvidamos, sin embargo, la existencia de gentes cuyas formas de vida y actividades económicas no se avienen al modelo paradigmático establecido para las comunidades de lo que se ha dado en llamar Bronce Atlántico (Vázquez Varela y Cano, 1988: 285), pero el problema que discutimos tiene que ver, sobre todo, con estas últimas.

Al intentar esbozar, aún someramente, la vida de estos grupos, tropezamos con la dificultad de analizar una información totalmente fragmentaria basada en materiales desprovistos de contexto que no permiten elaborar un cuadro evolutivo coherente desde el principio al final de esta larga etapa. Este inconveniente no ha impedido a algunos autores intentar la caracterización de horizontes culturales que enseguida se mostraron inconsistentes (Savory, 1951: 333 y ss.).

Estos grupos no están, pues, bien configurados y muchas veces se definen exclusivamente a partir de la cerámica que utilizan. Sólo teniendo en cuenta estas observaciones resulta lícito hablar de círculos culturales. Enumeraremos a continuación de forma sucinta los más importantes.

1. En la región costera comprendida entre los ríos Miño y Duero se configura un círculo de cerámicas incisas que los especialistas denominan tipo Penha, con las cuales se emparentan también otras halladas en algunos castros del sur de Galicia (Calo y Sierra, 1983: 55 y ss., Figs. 4 y 6; Ruiz-Gálvez, 1985: 460). Hacia el interior de esta región las cerámicas incisas ya no siguen tan de cerca la tradición de Penha (Calo y Sierra, 1983: 61).

La cronología de la cerámica tipo Penha, que sigue esquemas decorativos relacionados con el complejo campaniforme (Savory, 1951: 332) y con Cogotas I (Coffyn, 1985: 327), pasa actualmente por un proceso de revisión, pues a pesar de que algunos autores la consideran característica del Bronce Final Atlántico (Kalb, 1980: 33-34; 1980a: 120), en síntesis recientes aparece como un complejo cerámico de mayor antigüedad, ausente en asentamientos del final de la Edad del Bronce en la zona de expansión de este grupo, como el Castro do Coto da Pena (Silva, 1986: 118). En el yacimiento de Lavapés, una fecha de C14 data el nivel en que se hallaron las cerámicas tipo Penha en 1980 B. C. y, en opinión de A. de la Peña (1984: 77), éste correspondería ya a un momento tardío de la evolución de dichas cerámicas.

2. A partir de sus propios trabajos en los castros de Nossa Senhora da Guia, en Baiões, y Santa Luzia, Ph. Kalb (1978: 112-138; 1979: 581-590) individualizó un grupo que se caracteriza por poseer cerámicas a mano de superficies alisadas o bruñidas con decoraciones geométricas, principalmente incisas, cuya área de dispersión alcanza a toda la región de la Beira Alta o, al menos, a la de Viseu, razón por la cual también se la conoce como tipo Beira Alta (Tavares da Silva, 1978: 191). El repertorio se compone de formas abiertas, con carena media y alta, que encuentran paralelos sobre todo en yacimientos andaluces y en determinados tipos de la Cultura de Alpiarça (Silva, 1986: 120-121). La similitud de esquemas y técnicas decorativas del círculo Baiões-Santa Luzia con grupos de C. U. del País Vasco y de la Meseta, inclina a Coelho da Silva (1986: 121) a considerar una penetración de grupos trashumantes de C. U. desde las tierras meseteñas hacia el occidente peninsular, donde la abundancia de metales y la fertilidad de la tierra resultarían buenas razones para el establecimiento de un grupo humano.

Ph. Kalb (1978: 122 y 126; 1979: 584) propone para este grupo, que considera característico del Bronce Final Atlántico, una cronología en torno al siglo VIII a. C., que otros autores suponen demasiado baja y remontan a un momento anterior al Horizonte de la ría de Huelva (Fernández-Miranda y Ruiz-Gálvez, 1980), pero el resultado de una datación radiocarbónica que fecha un momento de la vida de estas cerámicas en el 674 a. C. (Tavares da Silva, 1978: 189), avala la opinión de que éstas perviven durante los siglos VII y VI a. C. (Silva, 1986: 122).

3. En torno a Lisboa y Setúbal se origina la cerámica tipo Lapa do Fumo (Schubart, 1971: 164), aunque su área de dispersión abarca todo el centro y sur de Portugal, con hallazgos esporádicos en algunos yacimientos españoles (Almagro Gorbea, 1977: 126). Posee, como rasgo diferenciador, decoración bruñida sobre la cara externa de vasos tanto de formas abiertas como cerradas. El hecho de que en la necrópolis de Alpiarça se encontrara cerámica de estas características la ha convertido en el elemento más importante para definir la llamada Cultura de Alpiarça del área del Tajo (Pinto y Parreira, 1977-78: 149). No existe acuerdo entre los investigadores a la hora de precisar su filiación cultural y su cronología, pero son mayoría los que defienden su origen en el Bronce Reciente (Schubart, 1977: 164), con fechas precisas en los siglos X-IX a. C., por su uso coetáneo con fíbulas de codo con bucle en el sepulcro de la Roça do Casal do Meio (Almagro Gorbea, 1977: 126; Pinto y Parreira, 1977-79: 150). La consideración de Marques y Andrade (1973-74: 146-147) acerca de las relaciones ultrapirenaicas de la Cultura de Alpiarça y, sobre todo, de la datación de la misma en los siglos V y IV a. C., ha sido contestada por otros investigadores de la prehistoria portuguesa (Kalb, 1979: 585, nota 8).

4. En el suroeste se desarrolla una cultura cuyas manifestaciones se reducen prácticamente a los enterramientos y que en su fase más reciente, fechada entre 1100 y 800 a. C., está representada sobre todo en los cementerios del que Schubart denominó Horizonte de Santa Vitoria. Son características de este momento tardío de la Edad del Bronce en el sur de Portugal, las sepulturas de inhumación en cistas pequeñas que, a veces, se cubren con lajas esculpidas (Almagro, 1966: 197 ss.). Aparecen entre los ajuares cerámicas de carenas acusadas y decoraciones incisas sobre la pared externa del fondo, y unos vasos cerrados de boca exvasada, estrecha, y decoración de gallones (Schubart, 1971: 157, y fig. 2).

Al otro lado del Guadiana, en la actual provincia de Huelva y al norte y al oeste de la de Sevilla, se documenta un horizonte cultural emparentado estrechamente con el sur de Portugal.

Como allí ocurre, conocemos estos grupos humanos sólo a través de sus necrópolis de cistas, aunque en los últimos años se ha excavado en el Trastejón, en el término de Zufre (Huelva), un asentamiento que permite intuir la existencia de enterramientos en el interior del poblado. El sector excavado hasta el momento no parece corresponder con propiedad a una zona de habitación, pero indudablemente se trata de un recinto fortificado en cuyo interior se abren las cistas (Hurtado, 1989). Desgraciadamente, la única estructura funeraria excavada había sido expoliada con anterioridad, de modo que seguimos sin resolver el problema de la inexistencia de restos humanos en éstas, que se suponen sepulturas para inhumación. Después de excavar muchas cistas, M. del Amo (1975: 123) llegó a pensar que pudieran tratarse más de depósitos de ofrendas que de enterramientos propiamente dichos.

Aunque el hecho resulta algo extraño, en las tierras más próximas al Guadiana del norte de la provincia de Huelva, de momento se desconocen enterramientos de este tipo y, en cambio, para una etapa muy tardía del Bronce Final se dice que existen grupos que habitan sobre cerros bien protegidos y practican actividades económicas fundamentadas en la agricultura a lo largo de valles pequeños de la cuenca del Chanza, y poblaciones que explotan las minas de cobre de la región del Múrtiga y defienden sus cabañas con murallas de piedra, como en la Sierra de la Lapa (Pérez Macías, 1987: 210, 212). En el primer caso, los materiales arqueológicos apuntan hacia la existencia de contactos con las tierras portuguesas (Pérez Macías, 1987: 233) y con el estuario del Tinto-Odiel, en el segundo (Pérez Macías, 1987: 229). En la región de las Peñas de Aroche, el yacimiento de El Castillo se protege con un cinturón de grandes bloques de granito y posee en el lugar denominado Los Praditos el único cementerio atribuido al Bronce Final que se conoce de momento en la zona (Pérez Macías, 1987: 55-58).

5. Las tierras de la Baja Andalucía están ocupadas a fines de la Edad del Bronce por comunidades que poseen una cultura con rasgos comunes claros sobre todo en sus repertorios cerámicos. Son características las cerámicas bruñidas, decoradas o no con motivos geométricos (López Roa, 1977: 341 ss.; Pellicer, 1987-88: 469 y ss.) y las pintadas tipo Carambolo, mejor representadas en el yacimiento que les dio nombre (Carriazo, 1973: 504 ss.; Buero, 1987) que en el resto de la región (para las halladas en Huelva, cf. Cabrera, 1981: 317 ss.; también, Pellicer, 1987-88: 471). Pero conocemos para esta zona algunos datos más para definir los distintos grupos que participan de estas tradiciones cerámicas comunes.

En torno a los estuarios del Tinto y el Odiel se inicia el poblamiento en una fase ya avanzada del Bronce Final, que para algunos autores no remonta el siglo IX a. C. (Fernández-Miranda, 1986, II: 228), y para otros podría llevarse a momentos imprecisos del siglo X a. C. (Ruiz Mata y otros, 1981: 258). Este horizonte de población no tiene elementos de conexión con los sustratos que se conocen anteriormente en la zona y su presencia sobre los cabezos de Huelva aparece desde los primeros momentos directamente relacionada con la explotación y comercio de los recursos mineros de la región. Conocemos por las mismas fechas otros centros más pequeños relacionados con la extracción del mineral en el norte de la provincia (Pérez Macías, 1987: 210, 212). Esta actividad económica explicaría las dinámicas relaciones exteriores que prácticamente desde su fundación mantienen estas comunidades y de las cuales son exponentes el depósito dragado en la ría del Odiel (Almagro 1940: 85 ss.) y, para momentos más recientes, el muro localizado en una ladera del Cabezo de San Pedro (Ruiz Mata y otros, 1981: 179 y ss., 259).

También en las tierras del Bajo Guadalquivir el poblamiento del Bronce Final parece iniciarse a partir del siglo IX a. C. De acuerdo con el análisis de las estratigrafías de Andalucía occidental (Belén y Escacena, 1989, en prensa), poblados importantes como Setefilla, Lebrija o el Berrueco de Medina Sidonia, presentan claros hiatos de población entre un momento que podemos clasificar como Bronce Tardío, en el que son frecuentes los hallazgos de cerámicas relacionadas con el horizonte de Cogotas I, y la última etapa del Bronce Final.

## 1. ANALISIS DE LA DOCUMENTACION FUNERARIA

La simple consulta de algunos trabajos de carácter general acerca de la Edad del Bronce peninsular bastaría para comprobar que escasean o son totalmente inexistentes las noticias referentes a costumbres funerarias de las poblaciones de la fachada atlántica peninsular (Savory, 1951: 327 y 333; Pinto y Parreira, 1978: 152; Coffyn, 1983: 171, y 1985: 205 y 216; Calo y Sierra, 1983: 191). Las regiones atlánticas parecen estar unidas por lo que Ruiz-Gálvez (1987: 252) llama «una característica negativa», que es la ausencia generalizada de documentación funeraria en el registro arqueológico, a pesar de que, de hecho, se han atribuido al Bronce Final Atlántico o a veces, con carácter más general, a los últimos momentos de la Edad del Bronce, una serie de documentos funerarios de muy diversa índole, como indicábamos más atrás. Pasamos a exponer a continuación todos esos testimonios, a la vez que llevamos a cabo un análisis crítico de su carácter y cronología.

Toda la información ha sido sistematizada primero en función del tratamiento del cadáver; de este modo, hemos agrupado todos los datos en dos grandes apartados: 1. Sepulturas de inhumación; 2. Sepulturas de incineración. Cada uno de estos dos grupos se ha subdividido, posteriormente, de acuerdo con la concepción de la tumba, con especial atención a su estructura arquitectónica y a algún otro elemento significativo. En un tercer grupo se recoge toda aquella información sobre supuestas prácticas funerarias que resultan ambiguas o fruto de interpretaciones mejor o peor fundamentadas.

Finalmente, queremos advertir que el material recogido se distribuye muy irregularmente tanto en el tiempo como en el espacio a los cuales se circunscribe este trabajo. Pero por encima de esta diversidad, y aún teniendo en cuenta los inconvenientes que esto supone para intentar establecer principios normativos acerca de las prácticas funerarias de las poblaciones del Bronce Final, observamos que se aprecian ciertos rasgos que sí pueden considerarse comunes a toda la fachada atlántica. Presentamos por separado la información que se refiere a Portugal y a España, porque entre ambas existen grandes diferencias tanto desde un punto de vista cuantitativo como cualitativo.

### P O R T U G A L

#### 1. Enterramientos de inhumación

Recogemos en este apartado una serie de datos que hacen mención expresa a sepulturas de inhumación, aún cuando no se den detalles que permitan juzgar sobre la naturaleza de los restos hallados u otros elementos del ritual acerca del tratamiento dispensado al cadáver.

##### 1.1. *Inhumaciones en cista con estructura tumular*

Habría que incluir en este apartado algunos enterramientos del grupo de Atalaia y los de Fonte da Malga.

Por lo que se refiere a la necrópolis de Atalaia, la atribución cronológica de algunas sepulturas al Bronce Final está basada en la datación radiocarbónica obtenida por Schubart (1975: 16) en la cista 7 del grupo IV, que dio la cifra de  $790 \pm 120$  a. C. La búsqueda en este yacimiento de unos materiales arqueológicos que, al menos teóricamente, pudieran dar crédito a esta fecha, fue a nuestro entender el motivo que llevó al excavador a poner los ojos en las cuentas de pasta vítrea halladas en algunos enterramientos, en la suposición de que tales colgantes debían ser atribuidos al

T. P., 1991, nº 48

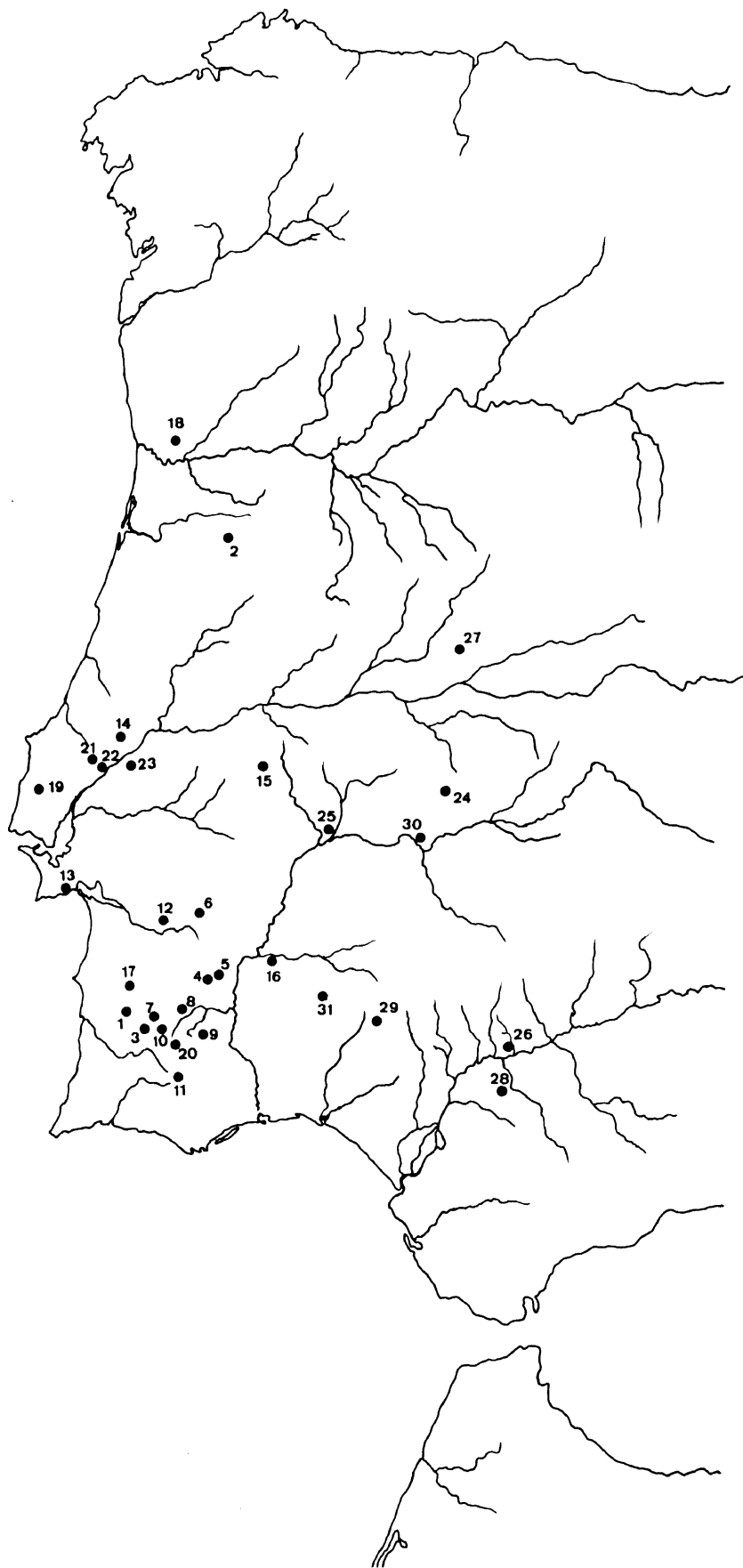


FIG. 1.—Yacimientos estudiados en el texto: 1. Atalaia; 2. Fonte da Malga; 3. Ervidel, Santa Vitoria o Beringel; 4. Trigaxes; 5. Mombeja; 6. Defesa; 7. Pedreirinha; 8. Marmeleite; 9. Bensafrim o Fonte Velha; 10. Ourique. Necr. Las Mesas; 11. Gomes Aires; 12. Marchica Nova; 13. Casal do Meio; 14. Gruta da Marmota; 15. Albrunheira; 16. Azougada; 17. Alvaiázere; 18. Tapado de Caldeira; 19. Monte da Pena, Tholos de Barro; 20. Nora Velha, Castro Nossa Senhora da Cala; 21. Almonaster; 22. Santarem; 23. Alpiarça; 24. Solana de Cabañas; 25. Granja de Céspedes; 26. Setefilla; 27. Valcorchero; 28. Carmona, El Picacho; 29. Cueva de la Cancela, Sierra de Alájar; 30. Mérida; 31. Los Praditos (Aroche).

comercio fenicio. De no ser por esta prueba de C14, tal vez no se hubieran llevado algunas cistas de este horizonte a momentos tan tardíos, porque las cuentas de pasta vítrea no exigen, con los datos que hoy conocemos, esta explicación como hipótesis exclusiva. De hecho, la utilización de la pasta de vidrio o de la fayenza como materia prima para abalorios usados en el adorno personal tiene en Europa occidental precedentes eneolíticos (Abaucit, 1964: 240). La aparición en estos contextos tan tempranos se ha considerado en ocasiones producto de la reutilización de los megalitos en fases posteriores a la de su erección (Giry y Guiraud, 1963: 6, Fig. 25: 4), pero por lo general se admite esta fecha tan antigua para su primer uso. Se trata casi siempre de piezas tubulares segmentadas (Guilaine, 1972: 160, fig. 55: 1; Harrison y otros, 1974: 95, fig. 1). Este tipo origina los modelos posteriores, y su variada composición sugiere la existencia de varios focos de procedencia (Harding y Warren, 1973: 64-65). A partir de 1700 a. C. esta variedad se hace presente en Wessex (Renfrew y Newton, 1970). Pero a lo largo de la Edad del Bronce, y especialmente en el Bronce Medio, y a pesar de pervivir en determinados contextos (Le Roux, 1971), es sustituida por el subtipo más extendido a lo largo de toda la cuenca mediterránea, el de tono azul o verdoso con forma bicónica, de tonelete o en anillo. Esta es la variedad más problemática para nosotros, pues coincide con la más utilizada también en la Edad del Hierro y que se considera el producto generalmente del comercio fenicio o púnico. Por esta última razón Schubart (1975: 16) consideró recientes estas piezas de Atalaia, y propuso que las tumbas donde aquéllas aparecían, las de menor tamaño, eran las más modernas de la necrópolis, en contacto ya con la primera presencia fenicia en el Mediterráneo occidental.

En conclusión, creemos más verosímil, dada la relativa frecuencia de hallazgos de este tipo en enterramientos europeos del Bronce Medio (Bech y Stone, 1935; Harding, 1971; Harding y Warren, 1973; Mckerrell, 1972; Stone y Thomas, 1956), que también las portuguesas pertenezcan a dicha cronología. En cualquier caso, las piezas de Atalaia no aparecieron en la misma sepultura que proporcionó la datación absoluta, obtenida a partir de un trozo de carbón vegetal rescatado en la cita IV, 7 (Schubart, 1975: 16 y 281). Es más, otra sepultura portuguesa semejante a las de Atalaia, pero esta vez encontrada en el Serro de Bartolomeu Dias, dio también una cuenta de pasta vítrea, sin que en este caso Schubart (1975: 190, fig. 28) propusiera una datación tan reciente para el enterramiento. Por otra parte, los materiales cerámicos hallados en las estructuras supuestamente más tardías no ofrecen en absoluto diferencias tipológicas sustanciales con los que aparecen en las tumbas que se dan por antiguas (Schubart, 1975: 272-277, lám. 28), y en ningún caso dichas variedades de recipientes aparecen en Portugal o en España en los poblados del Bronce Final que ocupan las mismas regiones por donde se distribuyen las cistas.

En la necrópolis de Fonte da Malga sólo el Monumento número 1 proporcionó algunos materiales cerámicos que permitieron a los excavadores apuntar una datación del Bronce Final para dicho enterramiento. Se trata de una cista que ocupa el centro de un túmulo circular de piedra que la cubre (Kalb y Höck, 1979: 46-47). El único testimonio cerámico hallado consiste en un fragmento de vaso que conserva parte de un asa de sección plano-convexa que arranca de la parte central del recipiente. Aunque las reducidas dimensiones del fragmento dificultan la identificación de la forma, se han visto similitudes morfológicas con cerámicas atribuidas al Bronce Final en el castro de Nossa Senhora da Guía (Kalb, 1978: 112-138). Sin cuestionarse la cronología propuesta por Kalb y Höck, Coffyn recoge (1983: 173, y 1985: 216) estos datos cuando enumera las pocas sepulturas atribuidas al Bronce Final en Portugal.

No puede pasar inadvertido el riesgo que supone fechar el enterramiento por un fragmento cerámico que ni siquiera se asocia con claridad al mismo y que, en el mejor de los casos, tampoco posee entidad suficiente como para atribuirlo inequívocamente a un momento preciso. Por otro lado, la propia estructura de la tumba encuentra los paralelos más estrechos en contextos diferentes de la Edad del Hierro peninsular, desde tierras del Segre (Ruiz Zapatero, 1985: 372, 373) o Cuenca (Almagro Gorbea, 1973) a las del sur de Portugal (Beirão, 1986: lám. XII, túmulo 101, v.g.). En algunas de estas regiones la tradición de enterramientos tumulares se remonta a fechas anteriores (Royo y Ferreruela, 1983: 214 ss.), pero en el área portuguesa las sepulturas de Fonte da Malga

están más cerca de esquemas arquitectónicos más corrientes a partir del 700 a. C. que de las estructuras del Horizonte de Atalaia (Schubart, 1975; láms. 71 ss., y figs. 3 ss.).

## 1.2. *Inhumaciones en cistas cubiertas con lajas esculpidas* (Figs. 2-4)

Se conocen en el Alentejo portugués una serie de sepulturas cubiertas con lajas esculpidas que Almagro Basch (1966: 204-205) denominó tipo I o Alentejanas en su estudio sobre las estelas decoradas del SO peninsular y fechó dentro del Bronce Final, entre fines del II milenio y el siglo VIII a. C. Para H. Schubart (1975: 164), todas ellas corresponden a la fase más tardía del Bronce del SO, esto es, al Horizonte de Santa Vitoria, cuya cronología coincide básicamente con la propuesta por Almagro para todo el grupo alentejano.

Sin embargo, en la información que hemos recopilado sólo en algunos casos se indica taxativamente que estas losas cubrían enterramientos de inhumación; en los restantes este hecho se ofrece sólo como probable.

Se identifican con seguridad con sepulturas de inhumación en cista las estelas de Ervidel, Trigaxes, Mombeja, Defesa y Pedreirinha. De Ervidel procede la llamada «estera de Santa Vitoria», de Ervidel o de Beringel, que con todos estos nombres se conoce a la misma pieza (Almagro, 1966: 41 y ss.; Schubart, 1975: 164). La losa apareció cubriendo una inhumación que Leite de Vasconcelos (1906: 182) denominó «sepultura C del grupo 1». Se trata de un enterramiento en cista construida con lajas de pizarra. Su ajuar se componía de una tulipa de cerámica cuyos paralelos vio Leite de Vasconcelos (1906: 185, 199) en el Bronce europeo, e incluso, en materiales calcólíticos de Palmela y Ciempozuelos.

En la necrópolis de Trigaxes se hallaron en 1892 dos estelas, que Almagro (1966: 44 y 46) denominó Trigaxes I y II; ambas servían como cubiertas a sendas tumbas de inhumación en cista (Leite de Vasconcelos, 1906: 183).

La inhumación cubierta por la estela I llevaba como único ajuar un objeto de bronce del que sólo se había conservado una pequeña chapa redondeada. Dudoso, en cambio, es el hallazgo de un objeto de hierro en la tumba que cubría la losa II (Almagro, 1966: 46).

De las tres piezas procedentes de Mombeja (Almagro, 1966: 48-52 y 204-206; Schubart, 1975: 250), la número I cubría una cista «con cenizas» según relato del labrador que la halló. Leite de Vasconcelos (1906: 185) supuso estas mismas características para Mombeja II y III, interpretando que se trataba de huesos muy destruidos.

Finalmente, también se conocen noticias referentes al hallazgo de cubiertas con losas esculpidas en Defesa (Almagro, 1966: 57; Schubart, 1975: 284) y Pedreirinha (Viana y Nunes, 1957: 50 y 54; Almagro, 1966: 95; Schubart, 1975: 285).

Por otra parte, se suele considerar que las losas halladas en Marmeleite, Bensafarin, Ourique y Gomes Aires cubrían también inhumaciones en cista, pero, de hecho, ninguna de ellas se halló en contextos claros e inequívocos.

De Marmeleite, en el Algarve, procede una estela (Leite de Vasconcelos, 1906: 188-189) que según indicación de Almagro (1966: 53) cubría, al parecer, una sepultura.

Más incierto todavía resulta el contexto en que se encontró el ejemplar que se dice procedente de la necrópolis de Fonte Velha, en Bensafarin (Estacio da Veiga, 1891: 250 y 285; Almagro, 1966: 55; Schubart, 1975: 164), porque ni siquiera hay seguridad respecto al lugar en que apareció.

De la necrópolis de Las Mesas, en Ourique, procede una losa alentejana (Almagro, 1966: 59 y 204-206; Schubart, 1975: 285) que, como la anterior, cubría, al parecer, una tumba.

Por último, en Gomes Aires una laja esculpida cubría también, según Almagro (1966: 120), una cista ya destruida en el momento en que aquélla se recuperó.

La cronología que se asigna a las losas alentejanas se basa fundamentalmente en los elementos que se representan en ellas y en los ajuares que acompañan a las cistas que cubren y, con ligeras



variaciones según los autores, abarca, en todo o en parte, el período denominado Bronce Final. Almagro les atribuye unas fechas que van de no mucho antes del 1000 al siglo VIII a. C. Una cronología tan baja tiene su fundamento en la representación de lo que él denomina escoplos, cinceles y gubias, y en la de hachas de empuñadura directa. El resto de los elementos (espadas, alabardas, ídolo dolménico, etc.), con una cronología claramente anterior que llega incluso al Bronce Antiguo, se consideran perduraciones (Almagro, 1966: 143 ss.). De este modo, las losas más modernas dentro de la serie serían aquellas en las que se esculpen estos elementos más recientes, aunque acompañen siempre a otros de fechas anteriores (Ervidel y Trigaxes I en el conjunto que examinamos). Pero un análisis de estas representaciones lleva a otros autores a enmarcar estas losas dentro de lo que podríamos denominar un ambiente de Bronce Pleno. Se esculpen hachas planas y no de talón o apéndices, que son más propias de las cronologías que propone Almagro y, lo que es más importante, las espadas tienen una tipología argárica y resulta difícil entender que perduren en momentos posteriores, ya que en ningún caso se han encontrado en las regiones de dispersión de las losas. Sabemos, además, que para esas fechas se ha impuesto ya una metalurgia característica del Bronce Final con espadas pistiliformes (Ruiz-Gálvez, 1984: 518-519). Ninguno de los autores que se han ocupado de la revisión de las fechas de estas losas hacen alusión a los escoplos, cinceles y gubias, quizá porque, como el mismo Almagro (1966: 44) admite, son objetos de dudosa interpretación. Almagro Gorbea modifica ligeramente esta datación; retrotrae el origen de las losas a un momento indeterminado dentro del II milenio y fija su límite final en el siglo X a. C. Basa su argumentación en la cronología que da a las estelas extremeñas, que, en su opinión, empezarían a usarse en el siglo IX a. C. Como admite que las extremeñas derivan de las alentejanas, las segundas acabarían allí donde empiezan las primeras; un momento de transición vendría determinado por los elementos grabados en la estela de Ervidel II, semejantes a los del ajuar del enterramiento de Roça do Casal do Meio, que se fecha en el siglo IX a. C. (Almagro Gorbea, 1977: 187). Sin embargo, parece cuando menos dudoso que se produjera una evolución desde las losas alentejanas a las estelas extremeñas, ya que ambas suponen concepciones estilísticas distintas, y son también diferentes sus áreas de distribución geográfica y su uso en el ritual funerario, como ya han puesto de manifiesto otros autores (Bendala, 1977: 181-182).

Schubart (1971: 157) propone también una cronología dentro del Bronce Final para estas losas, que iría del 1100 al 800/700 a. C., y destaca la presencia de cuentas de vidrio y vasos tipo Odivelas en los ajuares de las cistas que caracterizan su Bronce del SO II. Pero estos elementos tampoco se desvincularían necesariamente de la datación más antigua que se sostiene para las armas. Se puede argumentar que sus fechas son posteriores a las que se asignan al Bronce del SO I, pero quedarían en cualquier caso siempre dentro del Bronce Pleno y antes del Bronce Final (Ruiz-Gálvez, 1984: 519-520).

A la luz de los datos que hemos expuesto parece que no pueden sostenerse fechas tan tardías para las losas alentejanas; por lo que los autores que pretendan hacerlas durar hasta el Bronce Final deberán buscar argumentos más sólidos en los que apoyar su datación.

### 1.3. *Inhumaciones en fosa simple*

En Marchica Nova se documentaron dos sepulturas. La tumba I, de planta aproximadamente rectangular, contenía en su interior dos recipientes de cerámica, el mayor de los cuales estaba tapado con una laja de piedra. El otro vaso pertenecía a la forma denominada «cuenco de tipo Atalaia». La sepultura II era semejante a la anterior y llevaba como único ajuar una vasija de silueta tulipiforme con asa vertical. En ninguno de los dos casos se citan restos del difunto y sí paralelos con los materiales del mundo de Atalaia. A pesar de que se proponen para estas sepulturas dataciones comprendidas entre 1400 y 1100 a. C., se consideran del Bronce Final (Alves y Coelho, 1972: 198 ss.). También Schubart coincide en la relación de estos enterramientos con los del

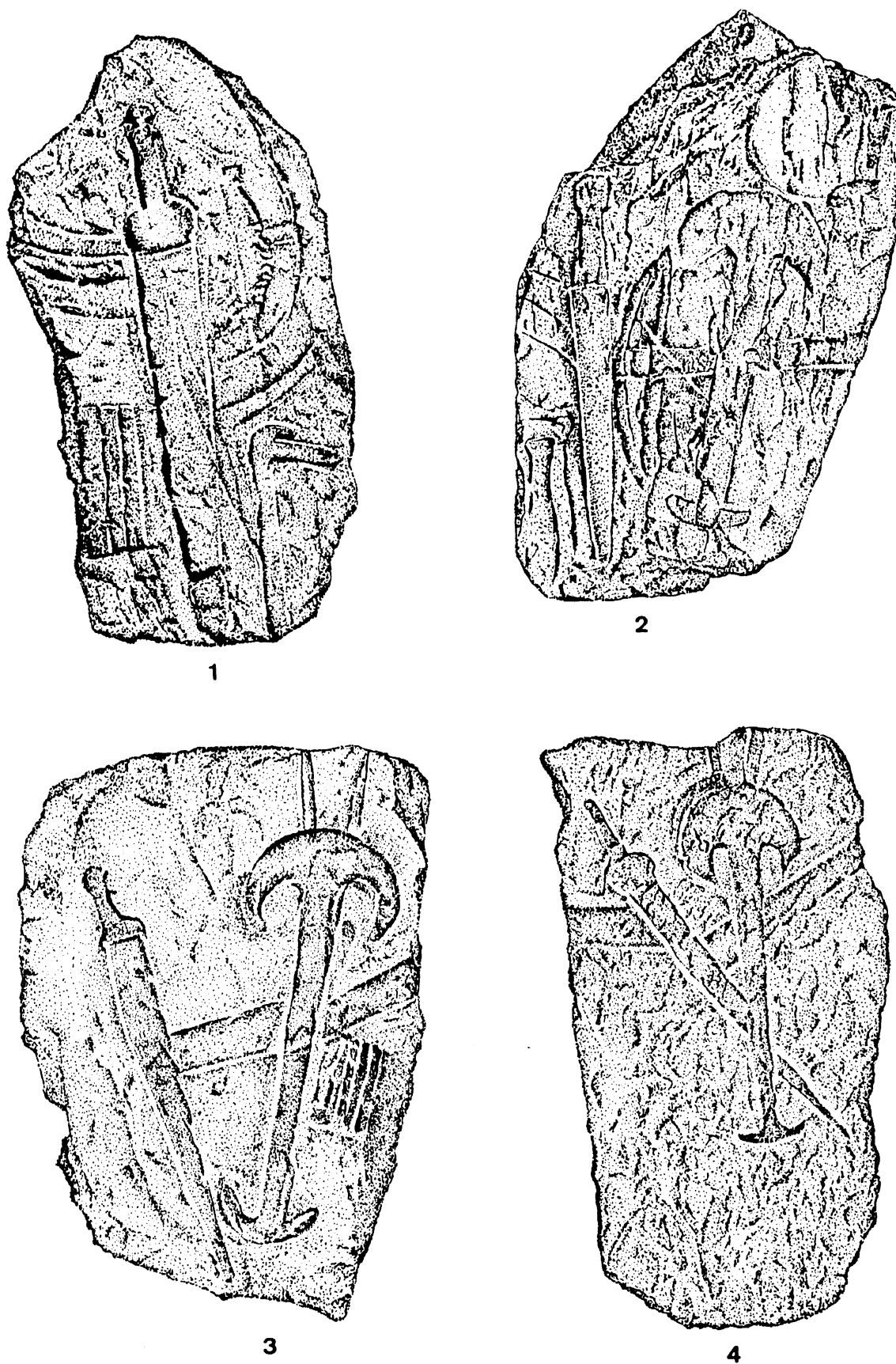


FIG. 2.—Cubiertas de cistas procedentes de: 1. Trigaxes I; 2. Santa Vitoria; 3. Pedreirinha; 4. Defesa (según Almagro).

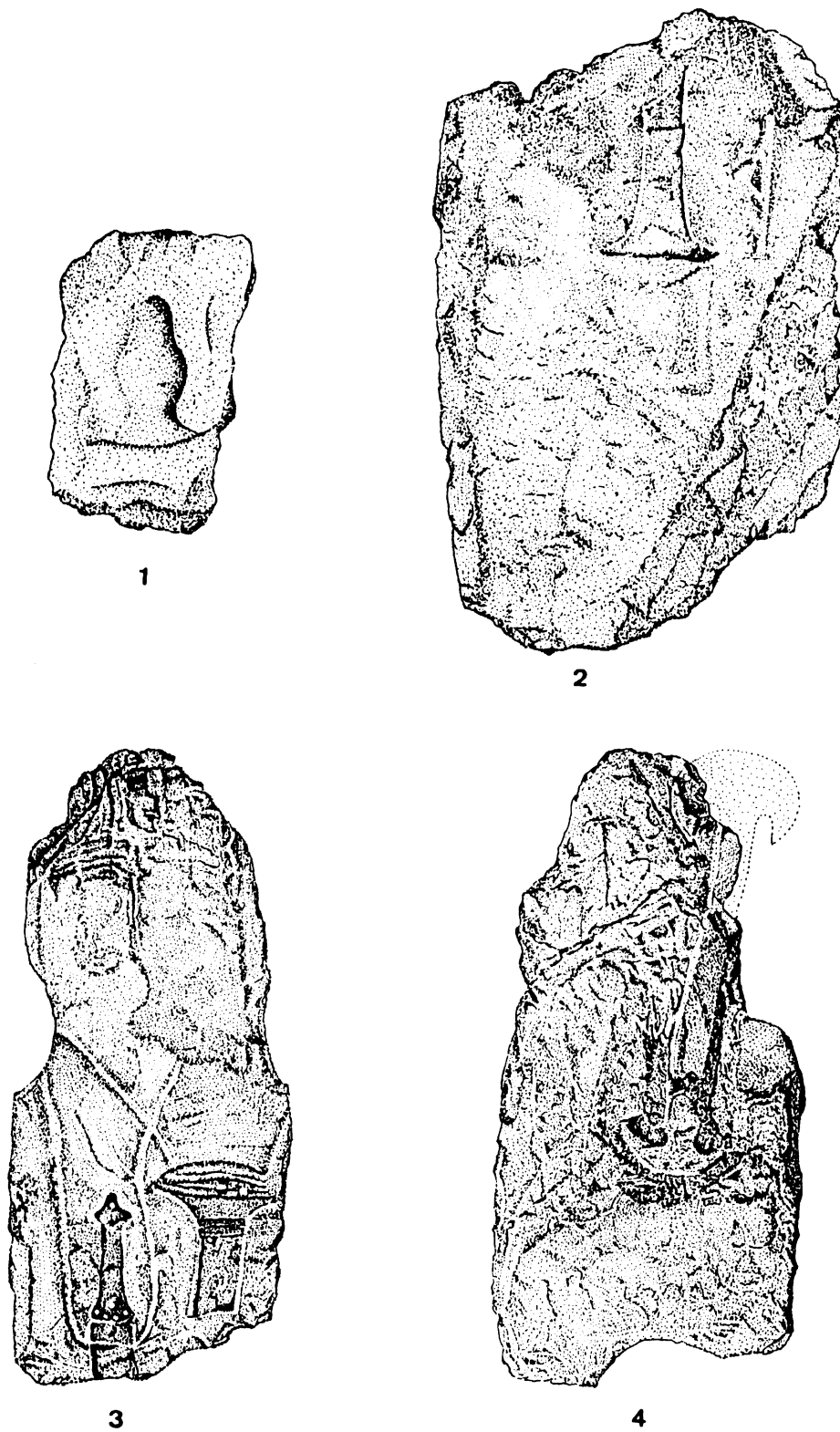


FIG. 3.— Cubiertas de cistas procedentes de: 1. Mombeja III; 2. Mombeja II; 3. Mombeja I; 4. Trigaxes II (según Almagro).

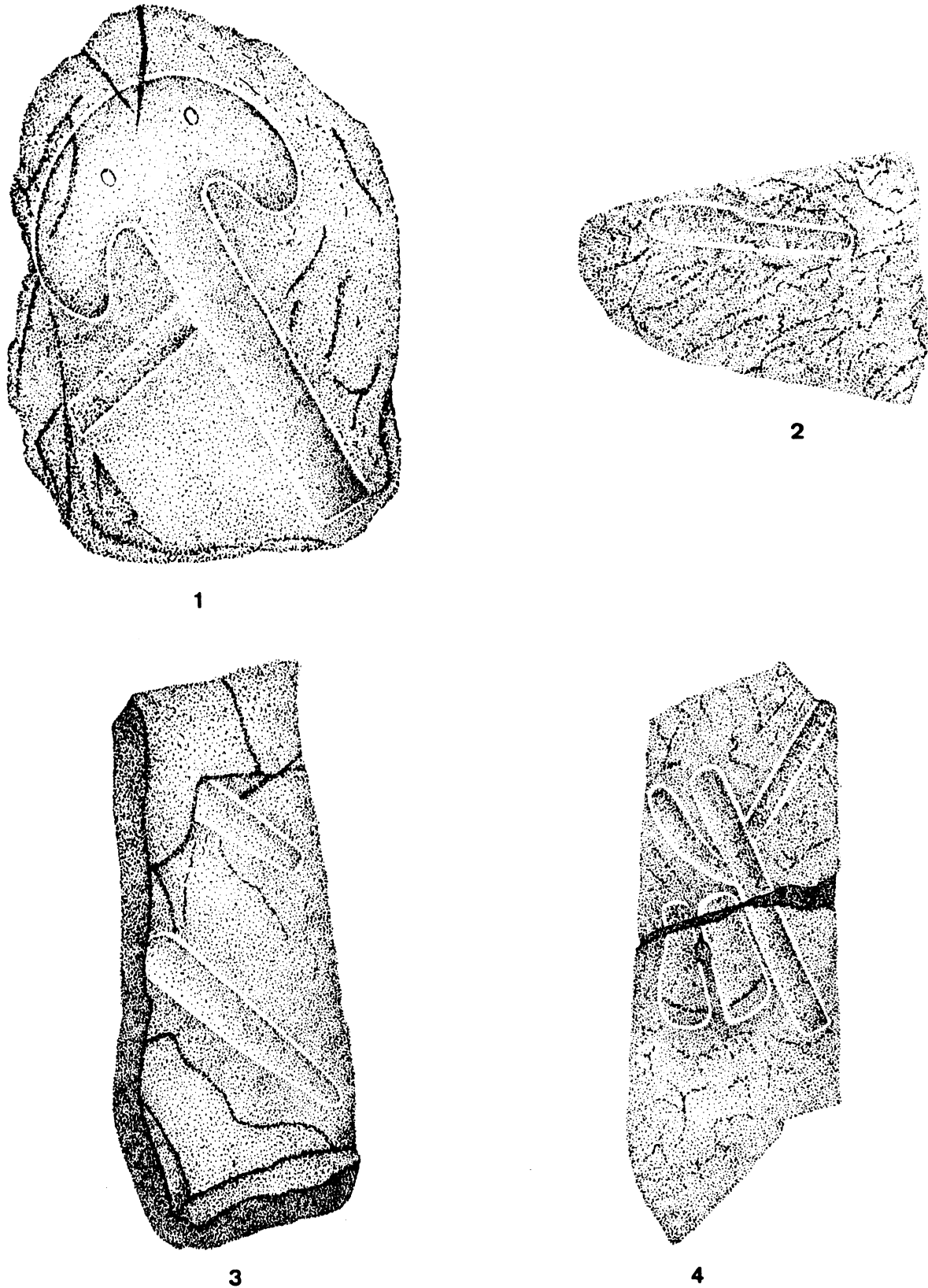


FIG. 4.—Cubiertas de cistas procedentes de: 1. «Las Mesas» de Panoia; 2. Bensafrim; 3. Marmelete; 4. Gomes Aires (según Almagro).

Horizonte de Atalaia (1975: 241). Esa cronología, más que la adscripción a un círculo cultural cuya pervivencia en el Bronce Final debe ser demostrada, según hemos ya expuesto, deja a las tumbas de Marchica Nova al margen del problema que analizamos en estas páginas.

#### 1.4. *Enterramientos de inhumación en «monumentos megalíticos»* (Figs. 5-6)

La información que examinamos nos ofrece también ejemplos de reutilización de monumentos de cronología muy anterior y técnica de construcción que podemos denominar megalítica.

El monumento funerario de Roça do Casal do Meio, en la península de Setúbal, consiste en una cámara de tendencia circular, en origen cubierta con falsa cúpula, a la cual se accede a través de un corredor estrecho. La colina tumular que cubre la sepultura está delimitada por un muro de mampostería circundado, a su vez, por una línea de ortostatos. La tumba apareció violada, pero en la cámara pudieron individualizarse dos enterramientos de inhumación. El número 1, que contenía un esqueleto de varón adulto, llevaba como ajuar un peine de marfil, una pinza y un pequeño anillo de bronce (Spindler y otros, 1973-74: 109 y 118-119). La tumba 2, esta vez con un esqueleto identificado sólo probablemente como masculino, tenía una pinza, una fibula y un broche de cinturón, piezas todas también de bronce (Spindler y otros, 1973-74: 110-111 y 120-121).

Algunos detalles estratigráficos sugieren una diferencia apreciable entre los momentos de construcción del monumento y los de deposición de los enterramientos (Spindler y otros, 1973-74: 117). Sin relación clara con ninguno de ellos, se hallaron además en la cámara un vaso, conservado sólo en parte, de perfil bicónico y fondo plano con decoración bruñida en su cara externa, así como un cuenco carenado (Spindler y otros, 1973-74: 121). A los pies del esqueleto, pero más en relación al parecer con el de la sepultura 1, se encontraron ofrendas de animales, sobre todo de pequeños rumiantes (Spindler y otros, 1973-74: 122).

Los autores que se ocuparon del estudio de la sepultura señalan que la fibula del enterramiento número 2 es uno de los elementos esenciales para establecer la cronología de las inhumaciones, y basándose en la datación de este tipo de piezas proponen para ellas una fecha entre los siglos X-IX a. C., aún reconociendo que una datación tan elevada resulta un tanto extraña (Spindler y otros, 1973-74: 125-126). A esta sospecha se une el hecho de que el marfil con el que se fabricó el peine es de procedencia africana y debió llegar a la Península Ibérica a través del comercio fenicio (Spindler y otros, 1973-74: 127). Por otra parte, tampoco escapa a los excavadores el hecho de que los vasos de fondo plano no son realmente característicos de las fases precoloniales del Bronce Final (Spindler y otros, 1973-74: 146). Coffyn (1985: 205 y 216), como otros autores (Almagro Gorbea, 1986: 363), no sólo sitúa esta tumba en el Bronce Final Atlántico III (900-700 a. C.), sino que defiende que «representan sin duda lo que fueron las tumbas de inhumación de este período». Esta afirmación nos parece, al menos, aventurada, y aún en el caso de dar por válida la cronología que habitualmente se acepta para la sepultura, no pasaría de ser, hoy por hoy, sólo un ejemplo que no convendría extrapolar para considerarlo como documento de una tendencia de carácter más general. En nuestra opinión, no hay elementos de juicio suficientes para pensar que esta sepultura refleja lo que debió ser la norma de estos momentos finales de la Edad del Bronce.

Al margen de estas consideraciones, no es fácil dar una fecha precisa para la tumba a partir del estudio de los materiales que su excavación proporcionó, o matizar la que para ella se viene admitiendo. En su momento ya se vio que la cerámica, por ejemplo, no resultaba de gran ayuda por la dificultad de cotejarla con repertorios bien datados a fines de la Edad del Bronce en el centro de Portugal (Spindler y otros, 1973-74: 128). Pero si establecemos la comparación con conjuntos andaluces similares observamos que los paralelos para las cazuelas carenadas de Roça do Casal do Meio tienen una cronología que abarca, posiblemente, todo el Bronce Final y perduran incluso posteriormente hasta el siglo VI a. C. Es más, las similitudes más estrechas para estas piezas se encuentran en contextos tardíos, de los siglos VIII a VI a. C., tanto en Andalucía oriental (Molina,

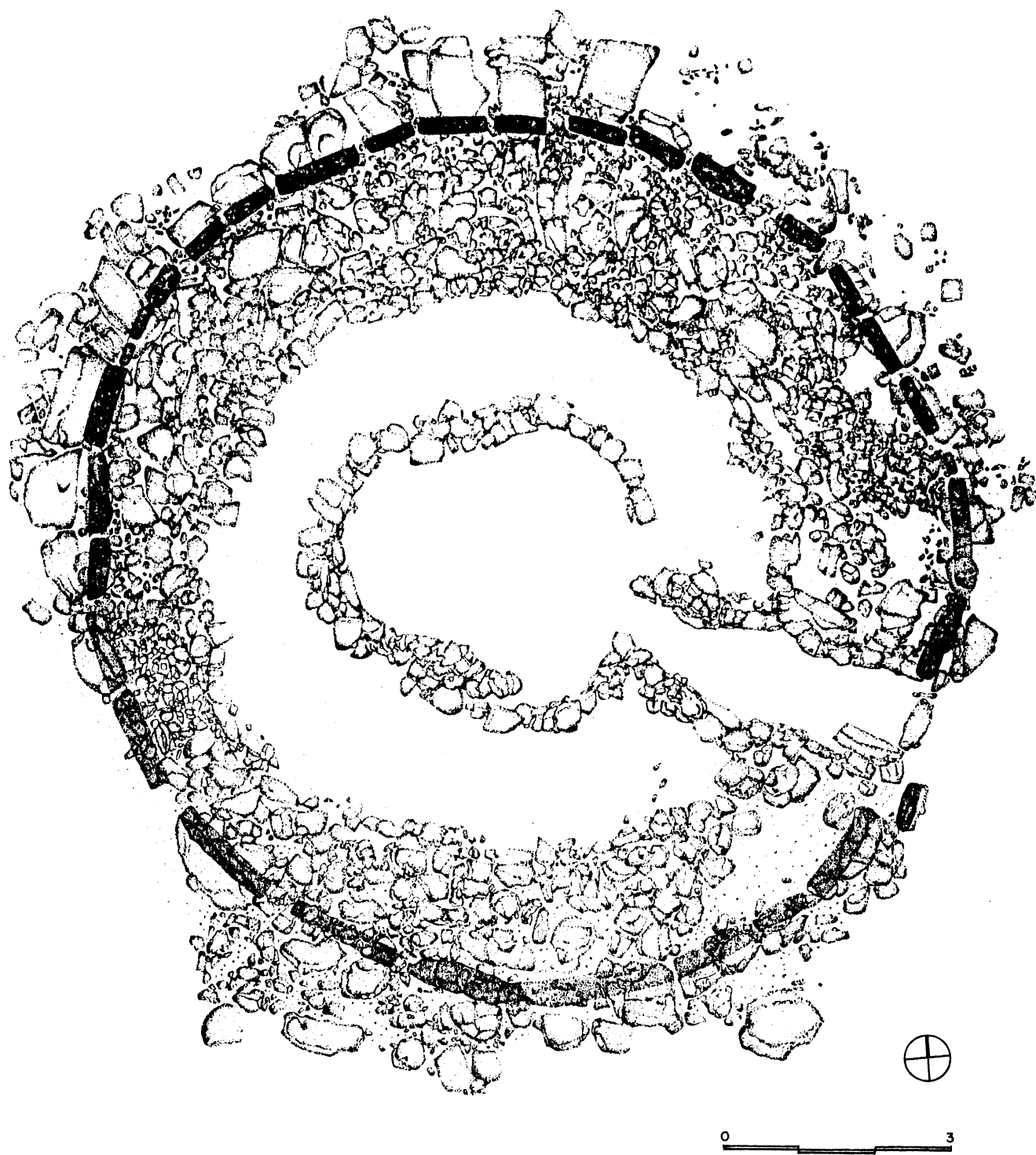


FIG. 5.—Planta del monumento funerario de Roça do Casal do Meio (según Spindler y otros).

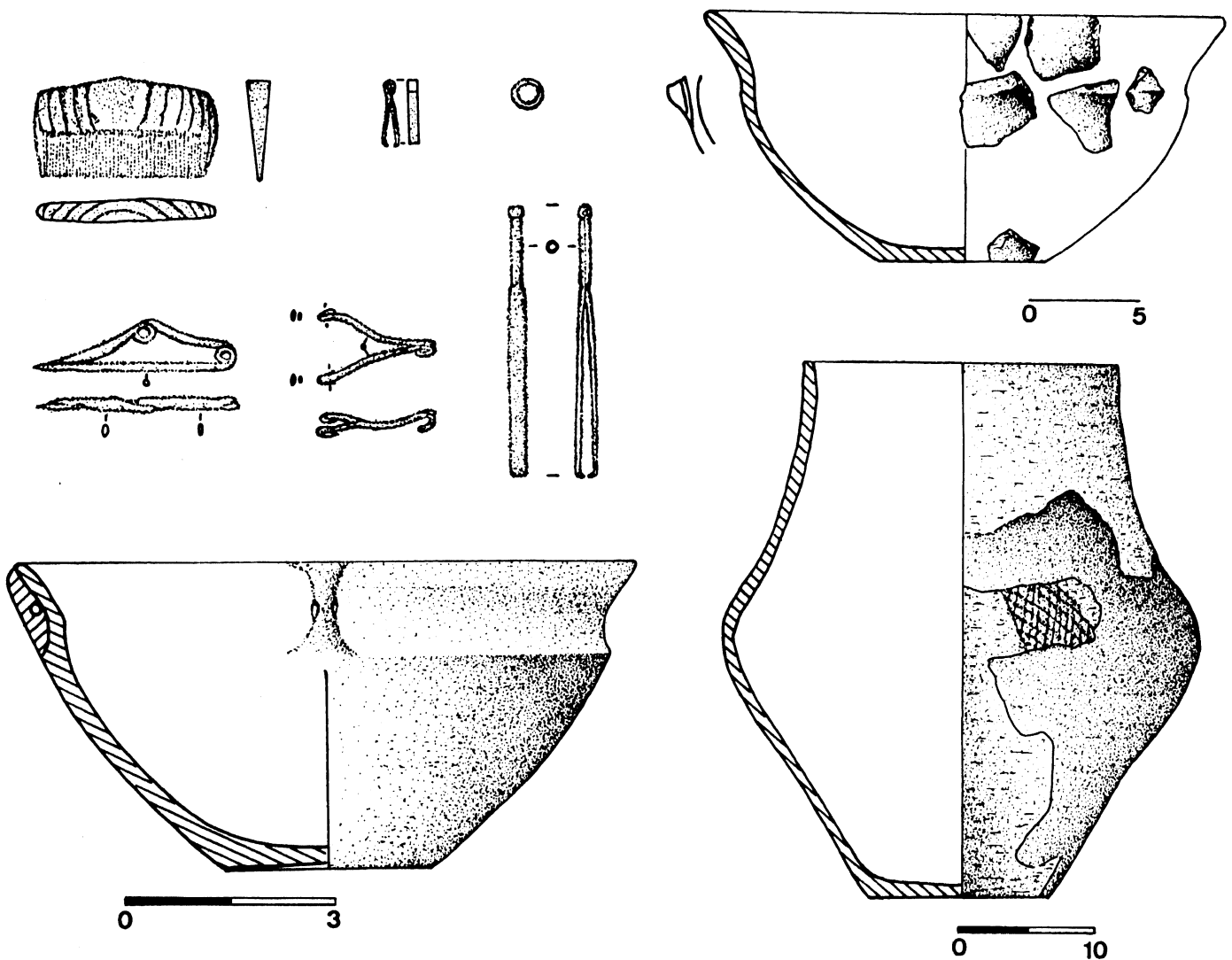


FIG. 6.—Ajuar de los enterramientos de Roça do Casal do Meio (según Spindler y otros).

1978: nº. 95; Pellicer, 1986: 467, y figs. 7, 8), como occidental (Aubet, 1975: figs. 22,1 y 26,2; Ruiz Mata y Fernández Jurado, 1986: lám. XC, 1129). Estas formas carenadas se conocen tanto en cerámicas lisas (Pellicer, 1987-88: fig. 3,1) como decoradas a la almagra (Buero, 1987-88: fig. 10,2a), con motivos geométricos pintados (Buero, 1987: 38, fig. 2a,2) o bruñidas (Ruiz Mata, 1979: fig. 1, Ala). En Portugal se dan también formas idénticas decoradas con diseños bruñidos (Spindler y otros, 1973-74: 132, fig. 15).

El estudio de la urna tampoco ayuda a precisar mucho más. Tiene cierto parentesco morfológico con una pieza de Almizaraque que Pellicer (1986: 452-453, fig. 7,7,1) fecha en el siglo VIII a. C. y relaciona con el repertorio cerámico del mundo semita. La decoración bruñida que presenta en el exterior tampoco tiene una cronología concreta; se desarrolla básicamente a fines de la Edad del Bronce (Schubart, 1971: 164), aunque en opinión de algunos investigadores habría continuado practicándose hasta momentos avanzados de la Edad del Hierro (Marques y Andrade, 1973-74: 146-147).

Por otra parte, el peine de marfil hallado en esta sepultura es hasta el momento la única pieza procedente de un contexto funerario que ha sido atribuida al Bronce Final precolonial. Su paralelo morfológico más próximo es quizá un ejemplar de Lebrija, que lleva grabados unos motivos geométricos y que se hizo en hueso (Tejera, 1985: 104). La decoración que lo adorna tiene paralelos

evidentes en la cerámica pintada de tipo Carambolo (Carriazo, 1973: 479 ss.), y debió inspirarse en el mismo mundo que las vasijas con motivos grabados del túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres, correspondiente al asentamiento gaditano del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez, 1989: 291), por lo que no convendría datarla en fechas anteriores a los siglos VIII o IX a. C., cronología coincidente con el contexto arqueológico en que apareció la pieza de Lebrija (Tejera, 1985: 102-105). Así pues, aún aceptando que el peine de Casal do Meio fuera relativamente antiguo, no sería más que la cabeza de la serie protohistórica conocida, que tiene sus últimas manifestaciones en ejemplares orientalizantes del mundo tartésico (Aubert, 1971: 119-128; 1979: 5 ss.; 1980 y 1981-82; Chaves y De la Bandera, 1984: 146 y 159), y en piezas aparecidas en contextos coloniales fenicios de la segunda Edad del Hierro (Ruiz Mata, 1988: 47). La fecha de fines del siglo IX o comienzos del VIII a. C., propuesta por los excavadores del monumento portugués, vendría así corroborada por el resto de los testimonios de la Península Ibérica, que en cualquier caso tenderían siempre a rebajar esa datación, y nunca a subirla, y permitiría atribuir al comercio fenicio la procedencia africana del marfil con que se elaboró la pieza (Spindler y otros, 1973-74: 127).

### 1.5. *Inhumaciones en cueva*

Los enterramientos de la Gruta da Marmota constituyen el único ejemplo de inhumaciones en cueva para la época y la zona que nos ocupa. Se trata de una oquedad natural descubierta accidentalmente por el dueño del terreno, quien excavó la estructura y halló en ella cráneos humanos y un recipiente de metal no identificado (Gonçalves, 1972: 213 y ss.).

Entre los materiales cerámicos procedentes del expolio se citan fragmentos pertenecientes a vasos de la Edad del Bronce y de la del Hierro, así como a recipientes medievales y modernos.

V. Gonçalves supone que las vasijas de la Edad del Bronce deben ser las relacionadas con los cráneos y que el hecho de encontrarse fragmentadas obedecería a remociones posteriores del enterramiento. Entre los huesos recogidos cita restos de pequeños animales que supone visitantes de la cueva, e indica que los cráneos humanos presentaban señales de fuego. El autor atribuye, en fin, un carácter funerario a la cueva tanto en época prehistórica como en momentos posteriores (Gonçalves, 1972: 217).

No cabe duda, pues, de que los testimonios rescatados en esta covacha no ofrecen las garantías suficientes como para estudiar a partir de ellos las costumbres funerarias del Bronce Final Atlántico en el área portuguesa. Entrar en el análisis de los elementos datados por V. Gonçalves en dicha etapa, entre los que destacarían fundamentalmente las cerámicas, exige previamente dar credibilidad a su suposición de que los restos óseos humanos se asociaban con exclusividad a los artefactos de la Edad del Bronce y no a los posteriores, cosa en absoluto probada por las circunstancias en que se exhumó la documentación.

## 2. **Incineraciones**

Los testimonios que se refieren al hallazgo de enterramientos de incineración, identificados como tales sin lugar a dudas, son muy escasos. Se tienen noticias de la existencia en Albrunheira de enterramientos de incineración con los restos depositados en urnas bicónicas con fondo plano (Spindler y otros, 1973-74: 128). Estas tumbas se atribuyen al Bronce Final citando a Savory, a pesar de que este último autor sitúa la necrópolis en plena Edad del Hierro (Savory, 1951: 375, fig. 7,1).



### 3. Hallazgos funerarios sin especificación de ritual u otras circunstancias

Recogemos en este grupo toda aquella información que resulta imposible incluir en alguno de los apartados anteriores por carecer de datos que permitan clasificarla, o bien aquella cuya adscripción a un grupo u otro es producto más de interpretaciones mejor o peor fundamentadas que de la existencia de datos objetivos. La ambigüedad que rodea en ocasiones esta información deriva del hecho de que los materiales que se citan permanezcan inéditos. Tal es el caso, por ejemplo, de la necrópolis de Azougada que Spindler recoge como del Bronce Final (Spindler y otros, 1973-74: 130).

Basándose en Santos Rocha (Santos, 1899-1901: 135), Coffyn (1983: 169-173) cita una sepultura en Alvaiázere, que atribuyó primero al Bronce Atlántico II, para datarla más tarde en la fase III (Coffyn, 1985: 216). Ninguno de los dos autores se refiere al ritual de enterramiento, aludiendo sólo a la presencia de un puñal entre el ajuar funerario.

Consideramos que también conviene aludir aquí a unas estructuras de funcionalidad muy discutida recogidas en la bibliografía específica como fosas abiertas en la arena.

En el noroeste de Portugal se han excavado un número ya importante de hoyos ovales o semicirculares que se interpretan generalmente como estructuras funerarias para enterramientos individuales. Suelen aparecer agrupadas, constituyendo auténticos cementerios en opinión de sus excavadores (Gonçalves y otros, 1978: 25 y 26).

No hay elementos que permitan identificar de forma inequívoca el ritual que se practica en relación con el tratamiento de los cadáveres. Como en algunas de estas fosas se hallaron restos de carbón, hay quien las interpreta como sepulturas de incineración (Gonçalves y otros, 1978: 27); para otros autores, por el contrario, las dimensiones de las estructuras son más apropiadas para enterramientos de inhumación, y el mismo hecho de que sólo en algunos pocos casos aparezcan carbones en su interior, confirmaría esta suposición (Jorge, 1980: 42 y 43).

En origen parece que estas fosas se cubrieron con lajas (Jorge, 1980: 21), pero en la actualidad prácticamente todas carecen de cubierta. Cuando aparece material arqueológico en su interior es muy escaso, apenas unos fragmentos cerámicos no siempre relacionados con claridad con ellas.

En la necrópolis de Tapado de Caldeira se excavaron cinco estructuras subrectangulares, todas ellas orientadas en sentido este/oeste, que contenían cada una un vaso fabricado a mano, fragmentado o completo, colocado siempre en uno de los extremos. El ejemplar de la sepultura I, con paralelos formales en el repertorio de la denominada Cultura de Alpiarça, parecía aconsejar la datación de esta fosa en un momento avanzado del Bronce Final (Jorge, 1980: 37) o incluso de la Edad del Hierro (Gonçalves y otros, 1978: 27). Sin embargo, mediciones radiocarbónicas efectuadas posteriormente sobre muestras de carbón recuperadas del interior de la sepultura, proporcionaron fechas de  $1340 \pm 55$  y  $1260 \pm 55$  a. C. Teniendo en cuenta, además, que la sepultura III contenía un vaso decorado con técnica de boquique y excisión (Jorge, 1980: fig. 7,41), debió parecer conveniente corregir la cronología inicial asignada a la necrópolis, que por esta razón se incluye ahora en un horizonte del Bronce Tardío con una datación en torno al 1300 a. C. (Jorge, 1983: 56), relacionado «de algún modo» con la *facies* Cogotas I (Jorge, 1980: 43).

En distintos territorios de la Meseta Norte se han documentado hoyos abiertos en el terreno que han sido interpretados de forma dispar. De hecho, excavaciones sistemáticas recientes en yacimientos que ofrecían un número de estructuras suficientes como para poder sacar alguna conclusión, parecen recomendar cierta cautela a la hora de interpretarlas, pues parece claro que no todas tuvieron la misma función (Martín Benito y Jiménez González, 1989: 23). El carácter de estructuras funerarias para enterramientos de incineración que, en ocasiones, se les ha atribuido también en nuestro país (Llanos y Fernández Medrano, 1968: 45 ss.; Llanos, 1983: 101), no es compartido por investigadores que conocen bien el mundo más antiguo de Cogotas con el cual aparecen claramente relacionados estos yacimientos (Delibes, 1978: 240; Fernández Manzano, 1985: 72). En último caso, cualquiera que sea la función y cronología que pueda asignarse a estos hoyos, su pertenencia a un círculo cultural ajeno a aquél cuyas costumbres funerarias intentamos documentar, los aparta del objetivo de nuestra investigación y nos excusa de extendernos en más comentarios.

De Monte da Pena proceden una serie de materiales hallados al noroeste del tholos de Barro, a unos diez metros de este monumento. La documentación rescatada consiste en dos piezas cerámicas fabricadas a mano, un gran vaso con decoración bruñida por la parte exterior del cuello y un cuenco carenado. Con ellas se encontró también una cuenta de collar de ágata de sección bitronco-cónica (Madeira y otros, 1972: 211). Aunque habitualmente se da por supuesto que estos materiales pertenecieron a un conjunto funerario, no hay pruebas de ello, hasta el punto de que no se descartan otras posibilidades (Spindler y otros, 1973-74: 130) (Fig. 7).

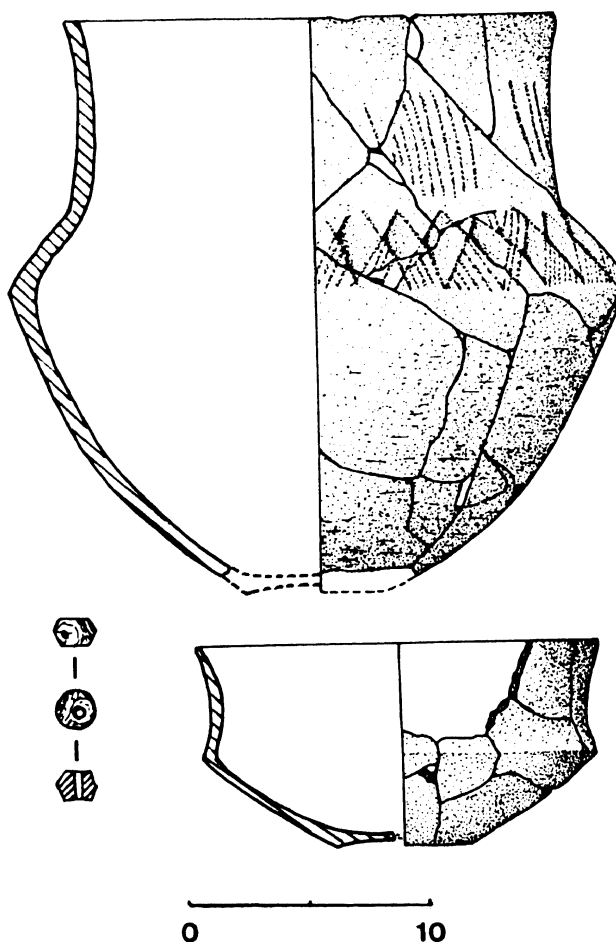


FIG. 7.—Materiales de Monte da Pena (Barro, Torres Vedras) (según Spindler y otros).

En Nora Velha, próximo al castro de Nossa Senhora da Cala, se reutilizó un enterramiento megalítico en fechas que Schubart (1971: 179) sitúa en torno a los siglos IX-VIII a. C., de manera que pertenecería a la fase final del Bronce del Suroeste. A estos momentos del Bronce Final ha sido atribuida también la reutilización del *tholos* por otros autores (Spindler y otros, 1973-74: 143). Los materiales que se adscriben al complejo de enterramientos secundarios practicados en el monumento calcolítico son una serie de restos cerámicos entre los que destacan algunos fragmentos con decoración pintada geométrica en el exterior y dos urnas, todo ello fabricado a mano (Leisner, 1965: 147-149) (Fig. 8).

En otros casos quizá pueda deducirse de la información que nos ha llegado la existencia de enterramientos de incineración en urnas, si aceptamos como válida la interpretación que relaciona determinados lotes cerámicos con estructura de enterramiento. Así, por ejemplo, se dice que en Almonaster se hallaron sepulturas con un vaso de fondo plano y silueta bicónica, sin decoración

(Spindler y otros, 1973-74: 129). Esta necrópolis se atribuye al Bronce Final, a pesar de que las referencias bibliográficas citadas por estos autores aluden exclusivamente a un trabajo de Savory (1951: 375 y fig. 7,2) en el cual el yacimiento se incluye en una relación de estaciones portuguesas de la Edad del Hierro.

Igualmente se alude a sepulturas de Santarem en vasos con carena y cuello elevado, asa de cinta y fondo plano y ligeramente rehundido (Schubart, 1971: Fig. 9b; Spindler y otros, 1973-74: 144). Spindler y otros fechan la necrópolis en el Bronce Final citando a Savory (1951: 373), pero, en realidad, este autor la incluyó en un conjunto de yacimientos del Hallstatt II-La Tène I.

Finalmente, en Alpiarça, al noreste de Santarém, aparecieron en 1930 una serie de materiales que Mendes Correa (1933-1935: 133 y ss.) interpretó como ajuares funerarios. La documentación rescatada por este investigador procede de dos puntos distintos situados en torno al Castro do Castelo y denominados Tanchal dos Patudos y Meijão. Los hallazgos fueron principalmente cerámicos, aunque también se citan brazaletes de bronce. Entre los primeros, Mendes Correa estudió vasos a mano que calificó de urnas funerarias, así como tazas con pitorro a las que denominó «biberones».

El autor consideró que estos restos arqueológicos procedían de sepulturas de incineración y los fechó en la Edad del Hierro por los paralelos hallstáticos de tales «biberones». Posteriormente, Coffyn (1983: 174, y 1985: 216) dudó del verdadero carácter funerario de estos documentos, aunque los incluyó entre las pocas necrópolis conocidas en el Bronce Final portugués.

Los paralelos aducidos por Mendes Correa para los vasos de Alpiarça y el mismo título del artículo en el cual presentó estos materiales, han vinculado tradicionalmente el mundo de Alpiarça con supuestas influencias de los Campos de Urnas y, por tanto, con el Bronce Final centroeuropeo, relaciones admitidas por otros investigadores (Almagro, 1960: 221). Por otra parte, los autores de la excavación de Casal do Meio admiten también una cronología del Bronce Final para estas supuestas tumbas (Spindler y otros, 1973-74: 129).

Más atrás hemos aludido a la disparidad de criterios con que actualmente se aborda el estudio de la llamada Cultura de Alpiarça y los problemas que existen, sobre todo, a la hora de situar en el tiempo su origen y evolución. Esto significa, una vez más, que aún admitiendo el carácter funerario de este material, nos tropezamos con dificultades para adscribirlo con claridad al Bronce Final. Las conclusiones de Marques y Andrade (1973-74: 147) sobre las piezas de Alpiarça vienen a coincidir con las opiniones de Mendes Correa (1933-35: 135) y de Savory (1951: 350-351) acerca de su relación con grupos de Campos de Urnas de un momento avanzado de la Edad del Hierro.

Si en otras ocasiones hemos recurrido a los repertorios cerámicos andaluces para encuadrar determinadas formas del centro y sur de Portugal, tenemos que reconocer ahora que las vasijas de Alpiarça que comentamos resultan, en general, difícilmente paralelizables con aquéllos. Las urnas, en concreto, sólo resultan comparables con las piezas procedentes de las excavaciones de los Siret (1888: lám. 6,1 y 2) en una cista de Parazuelos. Sin embargo, señalar similitudes entre las formas cerámicas de uno y otro yacimiento no resuelve la cuestión, porque el mismo enterramiento de Parazuelos no tiene una cronología precisa. Molina (1978: 213) fecha en conjunto las sepulturas de incineración excavadas por los Siret en el sureste (además de la citada, Qurénima, Caldero de Mojácar, Barranco Hondo, etc.) en el paso del Bronce Final I al II, con dataciones del 900 a. C. para las más antiguas y anteriores al 750 a. C. para las más recientes aceptando una «relación estrecha» entre éstas y contextos portugueses —entre ellos Alpiarça— cuya cronología dentro del Bronce Final ni siquiera cuestiona (Molina, 1978: 214). Curiosamente, L. Siret (1909: 416-417) no tuvo nunca del todo claro el carácter precolonial de estas incineraciones o, al menos, de algunas de ellas.

Tanto en estas sepulturas del sureste como en la supuesta necrópolis portuguesa, se hallaron pulseras de bronce de tipos que corresponden con claridad a la Edad del Hierro y que pueden llegar, incluso, a fechas avanzadas dentro de este período en el noreste peninsular (Almagro Gorbea, 1973: 21-23; Ruiz Zapatero, 1985: 965). Y no traeríamos aquí estos paralelos septentrionales si no fuera porque el propio defensor de la cronología precolonial de las tumbas almerienses llega a

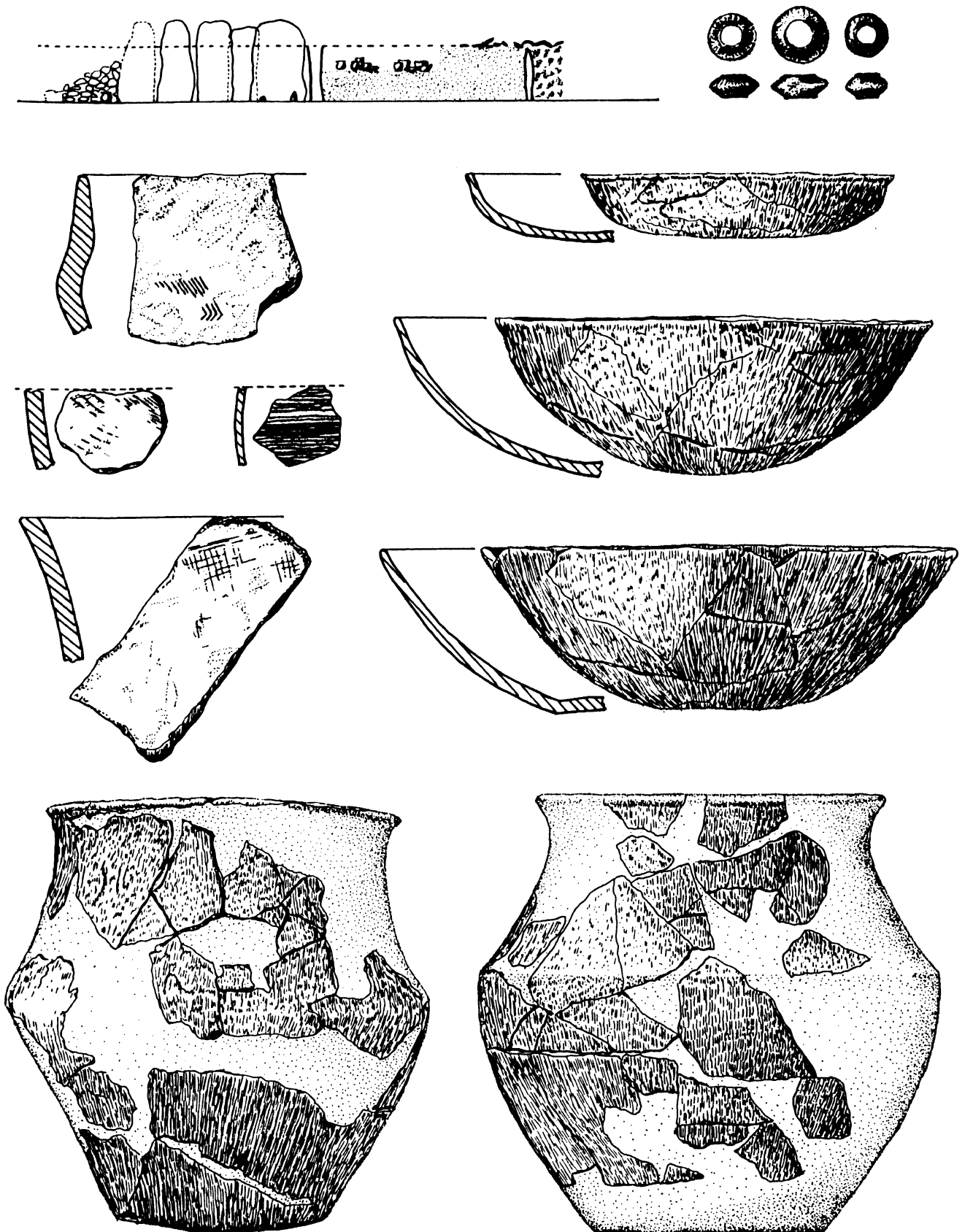


FIG. 8.—Materiales de Nora Velha, Ourique (según Leisner).

admitir para explicar la presencia de las mismas en el sureste influencias norteñas de origen transpirenaico (Molina, 1978: 206-207).

Los modelos rematados en pequeñas bolas que se encuentran también en Mojácar (Molina, 1978: 213), se fabricaron a la vez que los de extremos simples, como demuestra el molde hallado en Rosas (Gerona), con negativos para ambos tipos (Rauret, 1976: 127-129 y lám. XXII). Brazaletes con extremos abiertos terminados en apéndices esféricos se hallaron en enterramientos de incineración en urnas en las necrópolis de Setefilla (Aubert, 1975: 9, y 1978: 33), de la Cruz del Negro (Bonsor, 1899: 81), en la tumba 3 de La Joya (Garrido, 1970: 18-21) y en la necrópolis de Les Moreres (González Prats, 1983: 136-37), todas ellas con cronología de los siglos VII-VI a. C.

## ESPAÑA

### 1. Enterramientos de inhumación

#### 1.1. Inhumaciones en fosa con estelas grabadas (Fig. 9)

Los escasísimos enterramientos que en la zona que tratamos se atribuyen al Bronce Final sin grandes precisiones, están relacionados con el círculo cultural de las estelas grabadas que Almagro (1966: 208) denominó tipo II o extremeñas y fechó en la Edad del Hierro. Otros autores consideran, sin embargo, que el fenómeno se inicia en el Bronce Final (Almagro Gorbea, 1977: 151; Bendala, 1982: 25; Blázquez, 1987: 486; etc.).

Antes de pasar a la exposición de los datos queremos advertir una vez más que recogemos sólo aquellos ejemplares cuya relación con sepulturas parece segura aun cuando en ocasiones la información que a ellas se refiere resulte confusa o equívoca.

En la localidad cacereña de Solana de Cabañas apareció a fines del siglo pasado una estela grabada (Almagro, 1966: fig. 2) que dio a conocer Roso de Luna (1898: 180), indicando que al ser descubierta ocultaba «ligeras cenizas como de esqueleto humano». Almagro (1966: 27) llegó a decir que la pieza se encontró «cerca de la tumba para la que fue labrada», pero no sobre ella, y que ésta se había excavado en la tierra firme del lugar, de manera que en el momento de su hallazgo contenía «débiles restos del cadáver».

De Granja de Céspedes procede otra estela (Almagro, 1966: fig. 34). Según M. Almagro (1966: 105-106) «fue hallada con toda seguridad cubriendo una sepultura de inhumación», de la que el autor dice conservar algunos restos humanos (Almagro, 1966: 105-106).

Más al sur, en Setefilla, se encontró otra estela cubriendo una sepultura localizada entre los monumentos G e I de su necrópolis tumular de época orientalizante (Bonsor y Thouvenot, 1926-27: 32). Es interesante recordar que, cuando esta pieza se halló, mostraba el extremo inferior de una tonalidad blancuzca; esto sugiere que, previo a su uso en esta sepultura, la estela debió estar hincada verticalmente en el suelo, de modo que al quedar oculto y protegido de la intemperie, este extremo conservó un tono más claro que el resto de la pieza.

El hecho de que esta losa cubriera una tumba sirvió a Almagro (1968: 208) como argumento para deducir el carácter funerario de sus estelas del tipo II. Frente a las otras de su género, la pieza de Setefilla tiene la peculiaridad de presentar una figura humana con una serie de trazos sobre los hombros y cintura atípicos en los demás ejemplares conocidos hasta la fecha, atributos que han sido interpretados por Bandala (1977: 195-197) como la representación de un lingote de cobre portado por el personaje.

Bonsor y Thouvenot (1926-27: 32) hablan de huesos calcinados y de fragmentos de una urna de

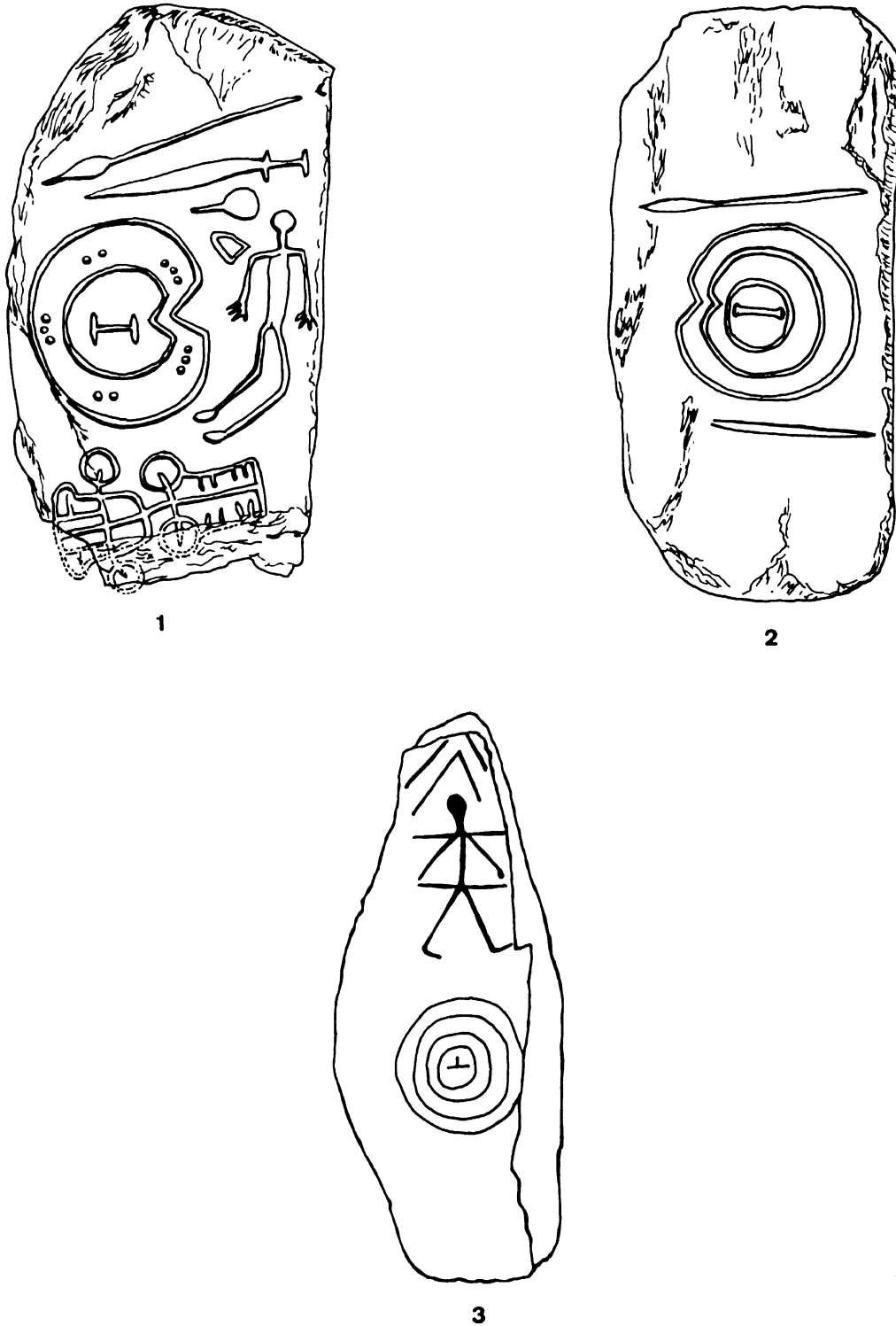


FIG. 9.—Estelas procedentes de: 1. Solana de Cabañas; 2. Granja de Céspedes; 3. Setefilla (según Almagro).

cerámica hallados debajo de esta losa, pero no especifican si dichos fragmentos óseos son o no humanos. De todas formas, la fosa contenía, además, los restos de un esqueleto mal conservado que permiten interpretar la estructura como enterramiento de inhumación.

Acabamos de comentar que la mayor parte de los investigadores que se han ocupado del estudio de las estelas las incluyen dentro del Bronce Final (Almagro Gorbea, 1977: 151; Bendala, 1982: 25; Blázquez, 1987: 486; Barceló, 1989: 203; etc.). Almagro (1966: 208), en cambio, considera que estas estelas deben fecharse ya dentro de la Edad del Hierro. Muchos más problemas plantea establecer su límite final. Aunque se viene considerando que perdurarían hasta la Edad del Hierro (Almagro Gorbea, 1977: 183; Blázquez, 1985: 469), sólo muy recientemente se ha matizado esta cuestión y se ha especificado que, en cualquier caso, se trata de un fenómeno anterior a la colonización fenicia (Barceló, 1989: 203).

La evolución cronológica dentro del grupo se ha basado en argumentos muy dispares que tienen en cuenta desde el número de estelas que se da dentro de una región, a las fechas de los elementos que se graban, que no son siempre los mismos, o la complejidad de la representación iconográfica. A partir de estas premisas se han elaborado clasificaciones más o menos complejas (Almagro Gorbea, 1977; Barceló, 1989; Pingel, 1974; Varela Gomes y Pinho Monteiro, 1977) en las que se acepta que el área donde nacen estas estelas es el Valle del Tajo, región donde aparecen en mayor número, y que se produce una evolución de lo simple a lo complejo en las representaciones iconográficas que culmina con la aparición de la figura humana. Sin embargo, no entendemos bien cómo algunos autores pueden defender por una parte que el comportamiento desigual del fenómeno es resultado de factores geográficos y no cronológicos, sin dar razones, y, por otra, afirmar que en la serie de estelas del Valle del Tajo sí se habría dado una evolución de lo simple a lo complejo, mientras se explican las piezas andaluzas como resultado de una imposición cultural que se produciría en un momento avanzado de la evolución del mundo de las estelas (Barceló, 1989: 203-204).

Otro problema se plantea al analizar la filiación cultural de los pueblos que usan las estelas. Para M. Ruiz-Gálvez (1984: 527-528) no es un fenómeno asimilable ni a un mundo atlántico ni a un mundo mediterráneo, sino que se trata de una manifestación puramente indígena. Bendala (1977: 187), en cambio, propone una vinculación oriental, relacionada fundamentalmente con gentes que procederían del Egeo. Barceló (1989: 203), por último, desvincula este fenómeno del mundo colonial y lo explica como consecuencia de la reanudación de las relaciones atlánticas. En nuestra opinión, estas discusiones cronológicas y culturales han olvidado el esquematismo de las representaciones de las estelas extremeñas y han forzado la interpretación de unos elementos para los que, en la mayoría de los casos, no se puede establecer una tipología tan precisa como se ha pretendido. Por otra parte, resulta cuando menos curioso que el área de dispersión de las estelas no coincida, o lo haga sólo en parte, con la de aquellos elementos por los que se datan o con cuyos círculos culturales se relacionan. Recordemos a este respecto la ausencia de estelas en torno a la región de Casal do Meio y de la Ría de Huelva.

Ahora bien, el problema fundamental que queda aún por resolver es la vinculación de estos monumentos con el mundo funerario. Esta es la interpretación que tradicionalmente se ha venido dando a las estelas aunque su relación con tumbas es, en el mejor de los casos, bastante dudosa. La estela de Setefilla, asociada a los túmulos orientalizantes, parece más bien una reutilización por las características de su descubrimiento, y no sabemos si estaba emplazada allí originalmente o si fue traída desde otro lugar más o menos cercano. Ya hay autores que empiezan a plantearse otras interpretaciones que, en principio, no tendrían por qué excluir su carácter funerario, aunque quizá éste pasaría a un segundo plano. Tal es el caso de M. Ruiz-Gálvez (1989: 52), que las considera marcadores de territorio, recogiendo las ideas que expone Randsborg para las estelas vikingas en Dinamarca (Randsborg, 1981: 105-121). Esta línea de investigación abre nuevas posibilidades de comprensión de este fenómeno cultural, y quién sabe si en un futuro no lejano habrá que replantear cuantos argumentos hemos recogido aquí en relación a su función, su cronología, e incluso, su filiación cultural.

Pero, de momento, no se puede afirmar con seguridad ni la cronología exacta de las estelas extremeñas, ni su identificación con un grupo étnico determinado ni, y esto es lo más importante para el trabajo que ahora nos ocupa, su relación inequívoca con el mundo funerario.

### 1.2. *Inhumaciones en cista*

En el cerro de Valcorchero y en relación con el poblado del mismo nombre se descubrió una necrópolis de unas cien cistas que estaban completamente vacías por el expolio que habían sufrido. Almagro Gorbea (1977: 153) las dató en el Bronce Final añadiendo que «tan escaso número es muy reducido si se trata de un rito generalizado de enterramiento y muy amplio e impreciso si se trata del caso contrario». Por esta razón asignó la necrópolis al momento de máxima ocupación del poblado, esto es, al final de la Edad del Bronce, y anterior en todo caso a la del Hierro. Estos datos coincidirían con la evolución tipológica de las cistas del SO, con las que relaciona las de Valcorchero, que en su momento final presentarían un menor tamaño y una mayor irregularidad. Para el autor estas sepulturas se insertarían cronológicamente entre el final de los enterramientos colectivos en dólmenes (bien entrada la segunda mitad del II milenio) y la aparición de los ritos que se relacionan con las estelas grabadas (Almagro Gorbea, 1977: 151 ss.).

Esteban (1984: 65 y 67) precisa más su cronología al entender que las cistas de Valcorchero podrían situarse en torno al siglo XII a. C., posteriores a las de Huelva, ya que no se presentan agrupadas y son más pequeñas e irregulares que aquéllas y anteriores a las estelas.

Ahora bien, esta atribución de las cistas de Valcorchero no pasa de ser una hipótesis, ya que desconocemos cualquier resto material que nos permita una datación más segura. Los argumentos que se manejan son, cuando menos, discutibles y, como el mismo Almagro Gorbea (1977: 156) apunta, la morfología de las cistas pueda estar condicionada por las características del medio físico. Por otra parte, la circunstancia de que aparecieran vacías no nos permite sacar ninguna conclusión acerca del ritual, y no sabemos qué puede significar la ausencia de cadáveres, si en todos los casos el hecho es achacable a manipulaciones si, como se ha sostenido en otras ocasiones, razones geológicas podrían explicar esa desaparición, si en origen fueron enterramientos secundarios como se ha defendido para las cistas de Huelva o si, en definitiva, cabrían otras interpretaciones relacionadas o no con el mundo funerario.

### 1.3. *Inhumaciones en fosa simple*

En el nivel inferior de un sondeo estratigráfico practicado en la zona de El Picacho, en Carmona, se halló una inhumación infantil depositada directamente sobre el suelo y cubierta con la mitad de un recipiente cerámico fabricado a mano, de forma poco representativa (Pellicer y Amores, 1985: fig. 43). A pesar de que su posición estratigráfica y su cronología no están demasiado claras, se ha fechado este enterramiento en el Bronce Final (Pellicer y Amores, 1985: 103 y 182).

Ya expusimos en otro lugar (Belén y Escacena, 1989) que si, como se dice, el nivel 12 sellaba la sepultura, tenemos la impresión de que ésta podría corresponder a un momento avanzado del Bronce Pleno, ya que los materiales de los niveles 12 y 11 de El Picacho tienen paralelos en estratos de El Berrueco de Medina Sidonia fechados en el siglo XIV a. C. (Pellicer y Amores, 1985: figs. 44: 13 y 45: 10; Escacena y Frutos, 1985: figs. 22 y 23: 143). De ser así supondría el único ejemplo de enterramiento en *pitios* conocido en Andalucía occidental, donde se documentan otras formas de sepulturas en el interior de la zona de habitación en Setefilla (Aubet y Serna, 1981: 225 ss.) y en el ya citado Berrueco de Medina Sidonia (Escacena, 1985: 77 ss.), si bien el caso de Carmona parece más una inhumación cubierta por un gran fragmento de vasija que un verdadero enterramiento en tinaja.



#### 1.4. *Inhumaciones en cueva*

En la Sierra de Alájar (Huelva) se abre la Cueva de la Cancela. En su interior se han hallado restos humanos que han sido interpretados como pertenecientes a enterramientos de inhumación. Los paralelos tipológicos de las cerámicas que supuestamente integrarían el ajuar, con formas carenadas de la fase I de San Pedro (Blázquez y otros, 1979: figs. 11: 11, 12: 18, 19: 57, etc.), han permitido fechar el conjunto en el Bronce Final (García Rincón, 1989).

El hecho de que el nivel arqueológico aparezca cubierto por una capa estalagmítica dificulta la recogida de información, pero confiamos en que trabajos más sistemáticos aporten en el futuro datos más precisos sobre el uso de la cueva como un auténtico recinto funerario y sobre el ritual que allí se practicó.

#### 1.5. *Inhumaciones sin especificación de la estructura de la tumba*

Por carecer de una información más detallada hemos de suponer que se trataba de una inhumación en fosa simple el enterramiento infantil hallado en Mérida en 1870 (Almagro-Gorbea, 1977: 35-36). El hecho de que se identificara su sexo femenino y su corta edad hace verosímil que el ritual fuese de inhumación, a no ser que estos datos se dedujeran del ajuar. Este consistía en una cadena de espirales, una tobillera y dos brazaletes, todos en oro. Almagro Gorbea fecha el conjunto entre los momentos finales de la Edad del Bronce y los iniciales del Hierro, tomando como base sobre todo la tipología de estos objetos, que corresponderían al Hallstatt B, es decir, al siglo VIII a. C. básicamente (Almagro-Gorbea, 1977: 41-42). Pero ni la cadena de espirales ni los brazaletes pueden servirnos para la datación del enterramiento, ya que son elementos que se dan desde el Bronce Antiguo y que presentan pocas modificaciones en su evolución (Perea, 1989: 340 ss.). Su carácter de hallazgo aislado y su datación tardía dentro de este amplio período de la Edad del Bronce aconsejan no tomarla como modelo claro de las costumbres funerarias del mundo extremeño anteriores al impacto oriental.

## 2. **Enterramientos de incineración**

### 2.1. *Incineraciones en urna con cubierta tumular*

Se dice en la bibliografía que en plena Sierra de Huelva, en el lugar conocido por Los Praditos, existe una necrópolis del Bronce Final, con tumbas de incineración cubiertas con colina tumular y delimitadas externamente por un círculo de piedras (Pérez Macías, 1987: 55-56). Hasta el momento, sin embargo, sólo se ha excavado un enterramiento en circunstancias que no facilitan su estudio y ni siquiera permiten asegurar que el equipo que se ofrece como ajuar corresponda en su totalidad a dicha sepultura (Pérez Macías, 1983: 224 y nota 10). En el conjunto recuperado figura un puñal de bronce de hoja triangular, un aro del mismo material y sección circular, diez cuentas de collar de pasta vítrea, cilíndricas y de color melado, y dos fusayolas bicónicas. Pérez Macías (1983: fig. 8) añade al conjunto una serie de fragmentos de cerámica a mano, que suponemos recogidos por él en el mismo lugar, entre los cuales se documentan recipientes bicónicos y cazuelas con carena alta y borde exvasado.

Como indicábamos páginas atrás, la necrópolis de Los Praditos se ha puesto en relación con el asentamiento de El Castillo, un poblado ocupado por una comunidad que, probablemente, vivía de

la explotación agropecuaria en la Vega del Chanza y que adoptó la incineración en un momento cifrado hacia el siglo VII a. C. (Pérez Macías, 1983: 235-236; 1987: 81). El enclave está bien defendido; una barrera de piedras hincadas protege, además, una estrecha vaguada que facilita el acceso al recinto. Este sistema defensivo se conoce bien en los territorios ocupados por comunidades emparentadas con las que llamamos de los Campos de Urnas, primero en tierras catalanas, al menos desde finales del siglo VII a. C. (Garcés y Junyent, 1989: 42 y 45), y, progresivamente, en tierras de Soria y Guadalajara y en toda la franja occidental de las dos mesetas (Garcés y Junyent, fig. p. 45), siendo éste de El Castillo el ejemplo más meridional documentado hasta ahora.

A los pies del poblado se extiende la necrópolis en una zona prácticamente llana. Abundantes fragmentos cerámicos, sobre todo fabricados a mano, aparecen desperdigados por la superficie del terreno. Este hecho ha debido condicionar la opinión de quienes consideran estos enterramientos como de fines de la Edad del Bronce. Sin negar la posibilidad de que existan restos del poblamiento del lugar en estos momentos, pensamos que tanto la mayor parte de la cerámica a mano recogida en superficie, como los materiales publicados de la necrópolis de Los Praditos, corresponden a un grupo humano que se asentó en El Castillo hacia el siglo IV a. C. Una visita al Museo de Aroche, donde se exponen los objetos procedentes de la sepultura que hemos mencionado, no hizo más que confirmar nuestras impresiones. Junto a las piezas publicadas por A. Pérez, se expone un plato que según se nos explicó procedía del mismo túmulo. Se trata de una pieza a torno, de un color gris verdoso, semejante a los que M. del Amo (1978: 307 y lám. IX,2) encontró en el poblado de El Castañuelo, cuya fundación no tuvo lugar antes del siglo IV a. C. (Del Amo, 1978: 325). El puñal podría ser más antiguo, ya que recuerda a ejemplares de tipo Porto de Mos que conocemos, sobre todo en Portugal, durante los períodos II y III del Bronce Final (Ruiz-Gálvez, 1984: 253 ss., y fig. 11: 35; Coffyn, 1985: 171 y 174, lám. XXXIX), pero esto no sería ningún inconveniente para aceptar su aparición en el contexto más tardío de la sepultura.

\* \* \*

Un simple recuento de los datos que se vienen aceptando como testimonio de las costumbres funerarias del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica podría avalar la impresión de que son suficientes para establecer normas de conducta en torno a la muerte; pero esa impresión carece de fundamento. El análisis crítico de todos los datos arriba reseñados indica que la documentación hasta ahora utilizada para conocer esas costumbres funerarias del Bronce Final Atlántico es, cuando menos, problemática. Los hallazgos se distribuyen tan irregularmente en sentido geográfico, que es imposible deducir de ellos no ya unas normas básicas aceptadas por todas las comunidades humanas, sino ni siquiera unos modelos de comportamiento regionales que permitan deducir cuál era la costumbre en determinados territorios concretos. Si para Galicia apenas se ha dicho nada por la inexistencia de datos hasta época romana (Pereira, 1984: 283), para Portugal se percibe una tendencia a remontar la cronología a fin de rellenar un vacío de documentación desesperante para muchos arqueólogos. Para el cuadrante suroccidental de la Península Ibérica, entendiéndose como tal la Baja Extremadura, Andalucía occidental y el sur de Portugal, se da el caso de una multiplicidad de ritos y de costumbres que choca con la relativa uniformidad de los contextos arqueológicos hallados en los hábitats del Bronce Final, pues se llegan a proponer como elementos funerarios característicos de dicha etapa las incineraciones bajo túmulo (Los Praditos) y las distintas formas de inhumación conocidas en la zona: cistas simples bajo túmulo (Atalaia), cistas cubiertas por losas alentejanas (Santa Vitoria) y enterramientos marcados por estelas grabadas; y todas estas manifestaciones se hacen convivir en el tiempo, sin que se haya explicado su diversidad por motivos de diferenciación étnica o por otras causas sociales, económicas o religiosas.

En definitiva, la situación contradictoria que estas interpretaciones producen derivan de no reconocer el vacío que origina la búsqueda de la documentación funeraria teniendo como punto de partida criterios excesivamente tradicionales, en la idea sobre todo de que las comunidades humanas del Bronce Final Atlántico debían hacer con sus difuntos cosas parecidas a las que ya habían hecho

otras anteriores o que hacían en la misma época otros grupos culturales distintos. Pocos investigadores han reconocido que podría existir una razón cultural para explicar la ausencia de restos funerarios entre las comunidades del Bronce Final, e incluso, no han sido bien consideradas las opiniones que defienden que la verdadera característica homogénea a todas las regiones atlánticas durante este período es la ausencia de tumbas entendidas al estilo convencional y, por lo tanto, de necrópolis que las acojan (Ruiz-Gálvez, 1987: 252).

Esta es también nuestra impresión después de analizar los datos; porque si rechazamos todos aquellos que, por unos u otros motivos, resultan de dudosa atribución funcional, cronológica o cultural, en definitiva un sinnúmero de «sepulturas fantasmas» en las que unas veces no está demostrado su carácter funerario y otras su cronología puede llevarse con mayor propiedad a épocas diferentes al Bronce Final, sea porque fueren anteriores o posteriores, nos queda un panorama del que de ningún modo puede deducirse una conducta normativa acerca de las creencias de ultratumba de ninguna de estas comunidades.

La ansiedad que en algunos investigadores originan estas «circunstancias negativas» parece a primera vista la razón que de alguna forma hace «estirar» las cronologías de las necrópolis o de determinadas tumbas aisladas para colocar su fecha en los límites de sus posibilidades teóricas. Esto ha ocurrido tradicionalmente con la tumba de la Roça do Casal do Meio, tenida por genuino representante del mundo funerario atlántico más por autores ajenos al proceso de excavación y estudio del monumento que por los propios investigadores. Aún así, y reconociendo que la singularidad de esta sepultura la hace difícilmente generalizable a la totalidad del territorio, pocos han sido los que se han percatado, como ya lo hicieron Spindler y otros (1973-74: 150) y más tarde C. Blasco (1987: 25) a propósito del estudio de una fibula *ad ochio* hallada en las cercanías de Madrid, de los estrechos paralelismos existentes entre la construcción portuguesa y determinadas tumbas de Sicilia y de Cerdeña. Estas semejanzas podrían llegar a invalidar incluso la hipótesis de que Casal do Meio sea un megalito reutilizado, como en principio se sugirió, apoyando por el contrario la posibilidad de hallarnos ante la sepultura de gentes de procedencia mediterránea en la fachada atlántica hispana. Esta interpretación vendría avalada no sólo por las características arquitectónicas de la construcción, que no tienen paralelos conocidos en el mundo megalítico portugués del Neolítico ni del Cobre y quizá por ello no se halló en su interior el más mínimo indicio material de ajuares correspondientes a un supuesto uso anterior de funcionalidad desconocida (Spindler y otros, 1973-74: 117), sino por el carácter de los elementos del ajuar. Es más, los autores del estudio de la tumba no pasaron por alto otros evidentes paralelos sardos como la cerámica con decoración bruñida (Spindler y otros, 1973-74: 150).

Mirando aún más al sur, no dejan de resultar tan extrañas o más que el monumento de la Roça do Casal do Meio, las circunstancias que rodean al panorama funerario del Bronce Final bajoandaluz, esto es, del también denominado mundo tartésico precolonial. La ausencia aquí de sepulturas es total, y sólo la aceptación de que en Portugal pervive el mundo de las cistas hasta finales de la Edad del Bronce, cuestión que hemos discutido anteriormente, ha hecho pensar a algunos autores en la posibilidad de un fenómeno similar para la Baja Andalucía (Pellicer, 1989: 171), sobre todo porque desde estas posiciones continuistas es más fácil sostener un origen autóctono del Bronce Final del Guadalquivir. En otro lugar hemos defendido la desvinculación entre el Bronce Medio local y las manifestaciones tartésicas precoloniales (Belén y Escacena, 1989), lo que nos evita llevar a cabo ahora un tratamiento pormenorizado del problema, pero hemos de recordar al menos la inexistencia en Andalucía occidental de niveles de hábitat correspondientes a las dos primeras etapas de la clásica división tripartita del Bronce Final Atlántico (Escacena y Belén, en prensa). La extrañeza entonces deriva no ya de la ausencia de necrópolis o de sepulturas aisladas, cuestión que no sería más que la «característica negativa» del Bronce Atlántico desde las costas alemanas, inglesas y bretonas hasta Gibraltar, sino de que es precisamente Andalucía occidental la región que ha proporcionado un mayor número de hábitats del momento, que suponen las raíces del auge demográfico tartésico de los siglos IX y VIII a. C. Estas circunstancias parecen exigir un registro funerario para esa etapa preorientalizante, como existe de hecho para la posterior. Es más, la

homogeneidad cultural que caracteriza a ese horizonte cronológico precolonial en los poblados habla de unas comunidades humanas con estrechos vínculos económicos y sociales, lazos que no permitirían posiblemente la existencia de una multiplicidad de ritos funerarios distintos conviviendo en el mismo territorio, a no ser que pertenecieran a grupos étnicos distintos. De ahí que defender también para esta zona un relleno forzado de dicho vacío prolongando las cistas del Bronce Medio hasta los siglos IX y VIII a. C., y remontando a momentos precoloniales las incineraciones bajo túmulo, resulta cuando menos tan incongruente desde el punto de vista antropológico como el panorama que antes hemos descrito para Portugal.

Así pues, la conclusión principal a la que conduce esta situación es la de aceptar que las comunidades del Bronce Atlántico de la Península Ibérica practicaron ritos funerarios que no dejaban huellas arqueológicas evidentes. Esta es una característica que revela un comportamiento homogéneo de toda esta región, y que sugiere al menos poner en cuarentena la idea tan extendida de que se trata de culturas distintas sobre las que se extiende una unidad tecnológica uniforme basada en la metalurgia atlántica del bronce, pues más parece que fuera básicamente un mismo mundo cultural matizado local o regionalmente por producciones alfareras u otros elementos diferenciales poco significativos. La posibilidad de que existan comunidades que puedan apartarse del patrón de comportamiento más común en este campo de las creencias funerarias, como de hecho ocurre con otros aspectos de los modos de vida (Vázquez Varela y Cano Pan, 1988), no invalida el planteamiento general. En cualquier caso, sería huir del verdadero problema perderse en tales bizantinismos, porque la verdadera cuestión que queda planteada es saber qué hacían con sus muertos las gentes del mundo atlántico.

## BIBLIOGRAFIA

- ABAUCIT, P. (1964): «Du Chalcolithique au I Age du Fer en Languedoc (Noter de voyage)». *Revue Archéologique du Centre*, 11: 231-242.
- ALMAGRO BASCH, M. (1940): «El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el occidente de Europa». *Ampurias*, II: 85-143.
- (1960): «La invasión céltica en España». *Historia de España (dirigida por Menéndez Pidal)*, I, 2, Madrid, Espasa-Calpe: 3-278.
- (1966): *Las estelas decoradas del suroeste peninsular*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, VIII, Madrid.
- (1970): «Dos nuevas estelas decoradas de la Andalucía Occidental». *XI Congreso Nacional de Arqueología* (Mérida, 1968), Zaragoza: 315-331.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1973): *Los campos de túmulos de El Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica (EAE, 83)*, Madrid.
- (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura (Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV)*, Madrid.
- (1986): «Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas prerromanas». *Historia de España. 1. Prehistoria*, Madrid, Ed. Gredos: 341-532.
- ALVES DIAS, M.<sup>a</sup> M. y COELHO, L. (1972): «Cerâmicas de duas sepulturas do Bronze Final da Herdade da Marchica Nova - Ourique». *O Arqueólogo Português*, Serie III, núm. 6: 193-206.
- AMO, M. DEL (1975): «Enterramientos en cista de la provincia de Huelva». *Huelva, Prehistoria y Antigüedad*, Madrid: 109-182.
- (1978): «El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia de Huelva». *Huelva Arqueológica*, IV: 299-340.
- AUBET, M.<sup>a</sup> E. (1971): «Los hallazgos púnicos de Osuna». *Pyrenae*, 7: 111-128.
- (1975): *La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río, Sevilla*, Barcelona.
- (1979): «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. I, Cruz del Negro». *Studia Archaeologica*, 52.
- (1980): «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. II (Acebuchal y Alcantarilla)». *Studia Archaeologica*, 63.
- (1981-82): «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. III (Bencarrón, Santa Lucía, Setefilla)». *Pyrenae*, 17-18: 231-279.

- AUBET, M.<sup>a</sup> E., y SERNA, M.<sup>a</sup> R. (1981): «Una sepultura de la Edad del Bronce en Setefilla (Sevilla)». *Trabajos de Prehistoria*, 38: 225-251.
- BARCELÓ, J. A. (1989): «Las estelas decoradas del sudoeste de la Península Ibérica». *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell: 189-208.
- BECH, H. C. y STONE, J. F. S. (1935): «Faience beads of the British Bronze Age». *Archaeology*, LXXXV: 203-255.
- BEIRÃO, C. (1986): *Une civilisation protohistorique du sud du Portugal (1 Age du Fer)*, París, De Boccard.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1989): «Las comunidades prerromanas de la Baja Andalucía». *Coloquio de Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, Universidad Complutense, diciembre (en prensa).
- BENDALA, M. (1977): «Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos». *Habis*, 8: 177-205.
- (1982): «Tartessos. Posibles claves para un enigma histórico». *Homenaje al Prof. Dr. Hernández Díaz*, Sevilla: 17-33.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1987): «Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica». *Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Veleia 2-3)*: 469-497.
- BLÁZQUEZ, J. M.; RUIZ MATA, D.; REMESAL, J.; RAMÍREZ J. L. y CLAUSS, K. (1979): *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977 (EAE, 102)*, Madrid.
- BONSOR, G. E. (1899): *Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis*, París.
- BONSOR, G. E. y THOUVENOT, R. (1928): *Nécropole Ibérique de Setefilla (Lora del Río, Sevilla). Fouilles de 1926-1927*, París.
- BUERO, M.<sup>a</sup> S. (1987): «El Bronce Final y la cerámicas tipo Carambolo». *Revista de Arqueología*, 70: 35-47.
- (1987-88): «La cerámica decorada a la almagra del Bronce Final meridional». *Habis*, 18-19: 485-513.
- CABRERA, P. (1981): «La cerámica pintada de Huelva». *Huelva Arqueológica*, V: 317-335.
- CALO, V. y SIERRA, J. C. (1983): «Os orixenes do castrexo no Bronze Final». En PEREIRA, G. (ed.), *Estudos de cultura castrexa e de Historia Antiga de Galicia*, Santiago: 19-85.
- CARRIAZO, J. DE M. (1973): *Tartessos y El Carambolo*, Madrid.
- COFFYN, A. (1983): «La fin de l'Age du Bronze dans le centre de Portugal». *O Arqueólogo Português*, serie IV, núm. 1: 169-196.
- (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, París, De Boccard.
- CORREA A. A. MENDES (1933-35): «"Urnenfelder"» de Alpiarça». *Anuario de Prehistoria Madrileña*, IV-VI: 133-138.
- CHAMPION, T. (1984): *Prehistoric Europe*, London.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M.<sup>a</sup> L. (1984): «Avance sobre el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla)». *BAR Intern. Ser.*, 193: 141-186.
- DELIBES, G. (1978): «Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)». *Trabajos de Prehistoria*, 35: 225-250.
- ESCACENA, J. L. (1985): «El "Monte Berrueco" de Medina Sidonia (Cádiz): un modelo de transición del Calcolítico al Bronce en Andalucía Occidental». *Gades*, 13: 69-102.
- ESCACENA, J. L. y BELÉN, M. (en prensa): «Sobre la cronología del horizonte fundacional de los asentamientos tartésicos». *Cuadernos del Suroeste*, 2, Huelva.
- ESCACENA, J. L. y FRUTOS, G. (1985): «Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 24: 7-90.
- ESTACIO DE VEIGA (1891): *Antigüedades monumentales do Algarve*, vol. IV, Lisboa.
- ESTEBAN, J. (1984): «Enterramientos en cistas del Bronce Final en el SO cacereño y paralelismos con el SO peninsular». *Norba*, V: 59-67.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1985): «La etapa de apogeo». En DELIBES, G. y otros: *Historia de Castilla y León I. La prehistoria del Valle del Duero*, Valladolid: 66-81.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1986): «Huelva, ciudad de los tartessios». *Los Fenicios en la Península Ibérica*, II, Sabadell: 227-261.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y RUIZ-GÁLVEZ, M.<sup>a</sup> L. (1980): «El depósito de la Ría de Huelva y su contexto cultural». *Oskitania*, I: 65-80.
- GARCÉS, J. y JUNYENT, E. (1989): «Fortificación y defensa en la I Edad del Hierro. Piedras hincadas en Els Vilars». *Revista de Arqueología*, 93, Madrid: 38-49.
- GARCÍA RINCÓN, J. M.<sup>a</sup> (1989): *Hallazgos arqueológicos en la Peña de Arias Montaña*. Catálogo exposición, Huelva.
- GIRY, A. J. y GUIRAUD, R. (1963): «Les mégalithes du massif Caroux-Espinou-Saumail». *Cahiers Ligures de Préhistoire et d'Archéologie*, 12, 1.<sup>a</sup> parte: 3-33.

- GONÇALVES, V. S. (1972): «Uma nova necropole da Idade do Bronze: a Gruta da Marmota». *O Arqueólogo Português*, serie III, núm. VI.
- GONÇALVES, A. A. HUET DE, B.; JORGE, S. y V. OLIVEIRA (1978): «Fossas abertas no saibro do Concelho de Beirão. I. Bouça do Frade e Tapado da Caldeira», *Trabalhos do Instituto de Antropologia «Dr. Mendes Corrêa»*, 34: Porto: 2-29.
- GUILAINE, J. (1972): *L'Age du Bronze en Languedoc Occidental, Rousillon, Ariège (Mem. Soc. Préh. Franç, 9)*, Paris, Klincksieck.
- HARDING, A. (1971): «The earliest glass in Europe». *Archeologické Rozhledy*, 23: 188-200.
- HARDING A., y WARREN, S. E. (1973): «Early bronze faïence beads from Central Europe». *Antiquity*, XLVII: 64-66.
- HARRISON, R. J.; MARTI-JUSMET Y GIRO, P. (1974): «Faïence beads and atlantic bronzes in Catalonia». *Madriider Mitteilungen*, 15: 95-107.
- HURTADO, V. (1989): «Excavaciones en el yacimiento de El Trastejón (Zufre, Huelva). 1.<sup>a</sup> Campaña, 1988. Informe preliminar». Informe presentado a las *II Jornadas de Arqueología Andaluza*, Málaga, enero de 1989 (inédito).
- JORGE, V. O. (1980): «Nótula sobre a fossa aberta no saibro de Outeiro de Gregos (Serra da Aboboreira, Baião)». *Arqueología*, I: 19-24.
- JORGE, S. O. (1980): «A necrópole do Tapado da Caldeira, Baião». *Archeologia*, II: 36-44.
- (1983): «Duas datas de C14 para a sepultura I da Estação do Tapado da Caldeira (Baião)». *Arqueologia*, VIII: 55-56.
- KALB, PH. (1978): «Senhora da Guia, Baiões. Die Ausgrabung 1977 auf einer Höhensiedlung der atlantischen Bronzezeit in Portugal». *Madriider Mitteilungen*, 19: 112-138.
- (1979): «Contribución para el estudio del Bronce Atlántico: Excavaciones en el Castro "Senhora da Guia", de Baiões (Concehlo S. Pedro do Sul)». *Actas XV Congreso Nacional de Arqueología* (Lugo, 1977), Zaragoza: 581-590.
- (1980): «O Bronce Atlántico em Portugal». *Revista de Guimarães*: 113-120.
- KALB, PH. y HÖCK, M. (1979): «Ausgrabungen in der Grabhügelnekropole Fonte da Malga (Viseu, Portugal)». *Madriider Mitteilungen*, 20: 43-55.
- LEISNER, V. (1965): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen*, Berlín.
- LEITE DE VASCONCELLOS, J. (1906): «Estudos sobre a época do bronze em Portugal». *O Arqueólogo Português*, primera serie, núm. XI: 179-189.
- LLANOS, A. (1983): «Desde el desarrollo de la metalurgia hasta el poblado de La Hoya». En A. Baldeón y otros: *Museo Arqueológico de Alava*, Vitoria: 65 ss.
- LLANOS, A. y FERNÁNDEZ MEDRANO, D. (1968): «Necrópolis de hoyos de incineración en Alava». *Estudios de Arqueología Alavesa*, 3: 45-72.
- LÓPEZ ROA, C. (1977): «La cerámica con decoración bruñida en el SO peninsular». *Trabajos de Prehistoria*, 34: 341-371.
- LE ROUX, C. T. (1971): «Une nouvelle perle segmentée en faïence découverte en Bretagne». *BSPF*, 68, 1: 26-31.
- MADEIRA, J.; LUDGERO, J.; RAPOSO, L. y PARREIRA, R. (1972): «Achados da Idade do Bronze no Monte da Pena (Barro/Torres Vedras). Notícia prévia». *O Arqueólogo Português*, serie III, núm. VI.
- MARQUES, G. y ANDRADE, M. (1973-74): «Aspectos da Proto-história do território português. 1. Definição e distribuição geográfica da Cultura de Alpiarça (Idade do Ferro)». *Actas III Congr. Nac. Arq.*, Porto: 125-148.
- MARTÍN BENITO, J. I. y JIMÉNEZ GONZÁLEZ, M. C. (1989): «El Campo de Hoyos del "Teso del Cuerno"». *Revista de Arqueología*, 99, Madrid: 18-24.
- MCKERRELL, H. (1972): «On the origin of the British faïence beads and some aspects of the Wessex-Mycenae relationship». *Proc. Preh. Soc.*, 38: 286-301.
- MOLINA, F. (1978): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica». *Cuad. Preh. Gr.*, 3: 159-232.
- PELLICER, M. (1986): «El Cobre y el Bronce Pleno en Andalucía Occidental». *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla: 245-250.
- (1987-88): «Las cerámicas a mano del Bronce Reciente y del Orientalizante en Andalucía Occidental». *Habis*, 18-19: 461-483.
- PELLICER, M. y AMORES, F. (1985): «Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B». *Noticario Arqueológico Hispánico*, 22: 55-189.
- PEÑA SANTOS, A. DE (1984): «Las cerámicas incisas metopadas tipo "Penha" en Galicia: el asentamiento de Lavapés (Pontevedra)». *Arqueología*, XI: 74-80.
- PEREA, A. (1989): *Arqueología del oro. Un estudio de la orfebrería prehistórica en el sur de la Península Ibérica*, Madrid, 2 vols. (Tesis doctoral inédita).

- PEREIRA, G. (1984): «La formación histórica de los pueblos del Norte de Hispania. El caso de Gallaecia como paradigma». *Veleia*, I: 271-287.
- PÉREZ MACÍAS, A. (1983): «Introducción al Bronce Final en el noroeste de la provincia de Huelva». *Habis*, 14: 207-237.
- (1987): *Carta Arqueológica de los Picos de Aroche*, Higuera de la Sierra, Huelva.
- PINGEL V. (1974): «Bemerkungen zu den ritzverzierten Stelen und zur Beginnenden Eisenzeit im Sudwesten der Iberischen Halbinsel». *Hamburger Beiträge zur Archaeologie*, vol. IV.
- PINTO, C. V. y PARREIRA, R. (1977-1978): «Contribuição para o estudo do Bronze Final e do Ferro Inicial a norte do estuário do Tejo». *III Jornadas Arqueológicas*, vol. 1: 145-163.
- RANDBORG, K. (1981): «Burial, succession and early state formation in Denmark». En R. CHAPMAN y otros (eds.): *The archaeology of death*, Cambridge: 105-121.
- RAURET, A. M. (1976): *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*. Barcelona, Instituto de Arqueología y Prehistoria.
- RENFREW, C. y NEWTON, R. G. (1970): «Origin of British faïence beads reconsidered». *Antiquity*, XLIV: 199-206.
- ROSO DE LUNA, M. (1898): «Lápida sepulcral de Solana de Cabañas, en el partido de Logrosán». *Bol. R. A. H.*, XXXII-XXXIII: 179-182.
- ROYO, J. I. y FERRERUELA, A. (1983): «Noticia preliminar sobre la necrópolis de inhumación e incineración de los Castelletts (Mequinenza, Zaragoza)». *Bol. Museo de Zaragoza*, 2: 211-219.
- RUIZ-GÁLVEZ M.<sup>a</sup> L.<sup>a</sup> (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Madrid.
- (1986): «Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce». *Trabajos de Prehistoria*, 43, Madrid: 9-41.
- (1987): «Bronce Atlántico y "Cultura" del Bronce Atlántico en la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 44, Madrid: 251-264.
- (1989): «La orfebrería del Bronce Final. El poder y su ostentación». *El oro en la España prerromana*, número extraordinario *Revista de Arqueología*, Madrid: 46-57.
- RUIZ MATA, D. (1979): «El Bronce Final - fase inicial - en Andalucía occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas». *AEspA*, 52: 3-19.
- (1988): «El Castillo de Doña Blanca. Yacimiento clave de la Protohistoria peninsular». *Revista de Arqueología*, 85, Madrid, 36-48.
- RUIZ MATA, F. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): «El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)». *Huelva Arqueológica*, VIII.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C. (1989): «El túmulo 1 de la necrópolis de "Las Cumbres" (Puerto de Santa María, Cádiz)». *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, AUSA: 287-295.
- RUIZ MATA, D.; BLÁZQUEZ, J. M.<sup>a</sup>, y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1981): «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978». *Huelva Arqueológica*, V: 149-316.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*, Madrid.
- SANTOS ROCHA, A. (1899-1903): «Vestígio da época do bronze em Alvaiázere». *Portugalia*, I: 135-136.
- SAVORY, H. N. (1951): «A Idade do Bronze Atlântico no Sudoeste da Europa». *Revista de Guimarães*, 61: 323-377.
- SCHUBART, H. (1971): «Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el sur y oeste peninsular». *Trabajos de Prehistoria*, 28: 153-182.
- (1975): *Die Kultur der Bronzezeit in Südwesten der Iberischen Halbinsel*, Berlin.
- SILVA, A. COELHO DA (1986): *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira.
- SIRET, L. (1890): *Las primeras edades del metal en el sudeste de España*, Barcelona.
- (1909): «Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes». *Mem. Real Acad. Historia*, XIV: 381-426.
- SPINDLER y otros (1973-74): «Le monument à coupole de l'âge du bronze final de la Roça do Casal do Meio (Calhariz)». *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, 57: 91-154.
- STONE, J. F. S. y THOMAS, L. C. (1956): «The use and distribution of faïence in the ancient East and Prehistoric Europe». *Proc. Preh. Soc.*, XXII: 37-84.
- TAVARES DA SILVA, C. (1978): «Cerámica típica da Beira-Alta». *III Jornadas Arqueológicas*, 1977, vol. I, Lisboa: 187-195.
- TEJERA, A. (1985): «Excavaciones arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla)». *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 26: 88-116.
- VARELA GOMES y PINHO MONTEIRO, J. (1977): «Las estelas decoradas de Pomar (Beja - Portugal). Estudio comparado». *Trabajos de Prehistoria*, 34: 165-214.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. y CANO PAN, J. A. (1988): «Una nueva perspectiva de la Edad del Bronce». *Trabajos de Prehistoria*, 45, Madrid: 281-287.

VIANA, A. y NUNES, F. (1957): *Notas Históricas Arqueológicas y Etnográficas do Baixo Alentejo*, Beja.